Nueve horas para recordar quienes éramos



MARIA BEATOBE



Nueve horas para recordar quienes éramos

MARIA BEATOBE

«Hay personas que no se olvidan. Solo se esperan.»

Mario Benedetti

Para Leire y Álvaro.
Somos tres corazones latiendo al mismo tiempo.

ÍNDICE

1. Nochebuena cancelada
2. Preguntas que aprendieron a esperar
3. La ciudad que no duerme
4. En el calor de una lavandería
5. Pequeños refugios
6. Algodón de azúcar
7. De regreso al aeropuerto
8. La hora de las confidencias suaves
9. Lo que no se dice
10. Unas pocas horas para el nosotros
11. La bufanda, el niño y lo que casi se dice
12. El amanecer
13. Como si siempre hubiera sido así
14. Lo que no se dice para no romperse
Epílogo
Agradecimientos

1

NOCHEBUENA CANCELADA

Nunca me han gustado los aeropuertos de noche.

Durante el día aún conservan algo de promesa, de inicio, de posibilidad. Pero cuando cae la noche, cuando las luces artificiales sustituyen al cielo y el cansancio se sienta en los hombros de todos, las terminales se convierten en un territorio extraño, casi irreal. Un lugar donde nadie pertenece del todo.

La Nochebuena me había encontrado allí muy a mí pesar.

Sentada en una de esas sillas metálicas imposibles, frías, incómodas, con la mochila apoyada entre mis tobillos y un café frío olvidado en la mano, observaba cómo las pantallas volvían a cambiar por enésima vez. Mi vuelo a Boston seguía igual:

CANCELADO.

El mensaje llevaba horas mirándome de vuelta, inmóvil, cruel. Afuera, Nueva York estaba atrapada en una, de momento, ligera tormenta de nieve que amenazaba con descargar y avanzaba sin remordimientos. Dentro, el aeropuerto JFK hervía de personas varadas, de voces cansadas, de niños dormidos sobre abrigos, de parejas discutiendo en susurros, de adultos que fingían paciencia mientras revisaban el móvil cada treinta segundos.

Yo debería haber estado ya en casa de mi madre.

Debería haberla ayudado a colocar los últimos adornos en el árbol, haber discutido con mi hermano por quién ponía la estrella en lo más alto, haber fingido que no me emocionaban ciertas canciones navideñas que siempre terminaban sonando demasiado alto. Debería haber estado en casa, envuelta en el caos familiar que conozco de memoria y que, a pesar de todo, me reconfortaba.

En cambio, estaba allí.

Atrapada en una noche que no había planeado, con la sensación incómoda de haber quedado suspendida entre dos lugares. Ni aquí ni allí. Como una maleta perfectamente cerrada, pero fuera de sitio.

Me esperaba una Nochebuena larguísima. Demasiado silenciosa. De esas que no se llenan ni con luces ni con villancicos de fondo. Y lo peor era no saber qué hacer con ella. Porque yo era de listas, de horarios, de saber a qué hora empieza y termina todo. Me gustaba que las cosas estuvieran en su sitio, que cada fecha tuviera su lugar exacto en el calendario. Y aquella noche… aquella noche se había desordenado por completo.

Ni cena a las nueve.

Ni regalos colocados por tamaños bajo el árbol.

Ni pijama navideño esperando sobre la cama.

Solo horas por delante y una ironía difícil de digerir: perder un vuelo había conseguido descolocarme más que cualquier cambio de planes en años. Y eso ya era decir mucho.

Respiré hondo, intentando convencerme de que no pasaba nada, de que podía con ello. Al fin y al cabo, siempre había sido buena reorganizando lo que se rompía… aunque aquella noche, por mucho que lo intentara, no consiguiera encontrar el lugar exacto donde encajarme.

Me levanté para estirar las piernas. El frío se me había metido en los huesos a pesar de estar bajo techo. Caminé sin rumbo entre las terminales, dejándome llevar por las luces, por los escaparates, por las puertas automáticas que se abrían y se cerraban como si respiraran.

Había algo hipnótico en aquel caos ordenado.

Pasé junto a una familia que dormía abrazada en el suelo, un grupo de jóvenes que reían con cerveza en mano, una mujer mayor que rezaba en silencio con un rosario deslizándose entre los dedos. Yo caminaba despacio, con la mochila colgada del hombro, sin pensar en nada concreto… y pensando en todo a la vez.

Me detuve frente a una de las cristaleras gigantes que daban a las pistas. El aeropuerto seguía vivo a mí espalda, pero allí delante todo parecía suspendido en una especie de silencio irreal. La nieve caía

con una lentitud casi bonita, como si el mundo se hubiera permitido ir más despacio solo por unas horas. Cada copo descendía con calma, sin prisa, apagando los colores, suavizando los contornos.

Los aviones parecían enormes bestias dormidas bajo la tormenta, inmóviles, pacientes, ajenos a las historias que se quedaban varadas en tierra. Me pregunté cuántas personas, como yo, estaban mirando lo mismo desde algún otro rincón de la terminal, sintiéndose fuera de lugar en una noche que se suponía cálida.

Apoyé la frente en el cristal frío. El contraste me hizo cerrar los ojos un instante. Pensé en mi madre, probablemente colocando las servilletas de tela con una precisión casi obsesiva. En mi hermano, rondando por la cocina, robando trozos de comida y fingiendo que no estaba nervioso por la noche. Pensé en el salón iluminado, en el árbol, en los regalos todavía sin abrir.

Pensé en mí, allí, con una mochila a los pies y una Navidad distinta a todas las que había vivido hasta el momento.

Respiré hondo.

—Feliz Nochebuena, Clare —murmuré para mí misma.

Y, por primera vez en toda la noche, esas palabras no sonaron como un deseo, sino como una forma de consolarme.

Entonces lo sentí.

Esa sensación extraña, irracional, que te recorre la nuca cuando alguien te observa. No era intensa. No era alarmante. Era… conocida.

Me giré despacio.

Al principio no supe qué me había hecho detenerme. No fue un pensamiento claro, ni una certeza. Solo esa sensación extraña, casi instintiva, de que algo —o alguien— había reclamado mi atención sin pedirme permiso.

Había un chico apoyado contra una de las columnas de la terminal, como si el ruido del aeropuerto no fuera con él. Una mano descansaba en el bolsillo de su abrigo oscuro, la otra sostenía el móvil. Tenía la espalda recta, pero el cuerpo despreocupado, como si supiera exactamente dónde estaba… y no tuviera ninguna prisa por marcharse.

No lo podía creer.

No podía ser él.

Su pelo estaba más corto de lo que recordaba, ligeramente revuelto, como si se lo hubiera pasado distraídamente con los dedos. La barba de unos días le marcaba la mandíbula de una forma que me obligó a tragar saliva sin darme cuenta. Ya no era el chico de entonces. Había algo en su rostro —en la seguridad tranquila de sus gestos— que hablaba de tiempo, de experiencias, de vida.

Llevaba un pendiente en la oreja que no recordaba haber visto nunca. Y unos airpods que lo aislaban del mundo.

Y mientras lo observaba, con el corazón dando un salto torpe e innecesario, entendí que no era casualidad que mi mirada se hubiera quedado allí.

Era él.

Estaba mirando su móvil. Sonreía.

Y esa sonrisa…

Mi estómago se encogió de golpe.

No. No podía ser.

Me quedé quieta, como si mis pies se hubieran pegado al suelo. El ruido del aeropuerto se desdibujó. La gente seguía pasando a mí alrededor, pero yo solo podía mirar en una dirección.

Él levantó la vista por un segundo, distraído, como si notara algo en el ambiente.

Y entonces nuestras miradas se cruzaron.

El tiempo, simplemente, se rompió.

No supe cuánto duró ese segundo. Tal vez fue solo un instante. Tal vez fue una vida entera. Lo único que supe es que el mundo dejó de moverse como lo hacía hasta ese momento.

Porque aquel chico no era un desconocido.

Era Damon.

Lo supe antes incluso de que mi cabeza pudiera procesarlo. Lo supe en la forma en que se le suavizaron los ojos al reconocerme. En la manera casi imperceptible en la que sus labios se separaron, sorprendido. En ese silencio invisible que se creó entre los dos.

Diez años.

Diez años sin saber nada de él.

Diez años desde la última vez que habíamos sido solo unos adolescentes con las rodillas llenas de raspones y los sueños demasiado grandes.

No me moví.

Él tampoco.

Durante unos segundos eternos ninguno dijo nada. Nos limitamos a mirarnos desde la distancia, separados por pasajeros, maletas, columnas, anuncios luminosos y un océano entero de recuerdos.

La primera reacción no fue correr hacia él.

Fue observarlo.

Como si mi cuerpo necesitara asegurarse de que era real.

Damon estaba cambiado. Más alto, más ancho de hombros. Tenía ese tipo de cuerpo fuerte que no viene solo del gimnasio, sino del tiempo, del trabajo, de la vida dándole forma a una persona. Su rostro era el mismo, y al mismo tiempo distinto: los pómulos marcados, la mandíbula más firme, la mirada igual de limpia.

Seguía siendo guapo.

De una forma más peligrosa, más adulta.

Pensé, de manera absurda, que se parecía a esos actores que parecen hechos de descaro, de sonrisa fácil y algo de pecado escondido en los ojos.

Y, aun así, seguía siendo él.

El chico que una vez me enseñó a hacer trampas en el parchís.

El que me empujaba en el columpio hasta que gritaba.

El que silbaba fatal pero siempre lo hacía a pleno pulmón.

El chico más adorable y desordenado del mundo.

Sonreí sin darme cuenta.

Damon también sonrió al verme hacerlo a mí.

Y entonces ocurrió lo inevitable.

Sus pies se movieron hacia mí.

Solo un paso.

Yo también avancé otro.

Y entonces, como si de pronto ambos nos hubiéramos acordado de todo lo que nos separaba —el tiempo, las vidas distintas, los años de silencio—, nos detuvimos al mismo tiempo.

La torpeza llegó después del milagro.

Yo bajé la mirada. Me acomodé el pelo detrás de la oreja sin necesitarlo realmente. Él pasó una mano por su nuca.

Nos miramos otra vez.

Y fue él quien habló primero.

—Clare Daniels…

Mi nombre en su boca sonó distinto a como lo había oído en mis recuerdos. Más grave. Más lento. Más real.

Levanté la barbilla.

—Damon Jones.

Nos quedamos ahí, uno frente al otro por fin, a solo un metro de distancia. Dos adultos con las rodillas firmes, intentando sostener ese equilibrio imposible entre lo que fuimos y lo que éramos ahora.

—No puede ser… —dijo en voz baja—. Pensé que estaba imaginándolo.

—Yo también.

Rió, nervioso.

Yo hice lo mismo.

Esa risa torpe, breve, de quienes no saben qué hacer con las manos, con los pies, con el corazón.

—Estás… —empezó—. Estás igual.

—No mientas —respondí.

Me recorrió con la mirada, sin disimularlo esta vez. No fue descarado. Fue lento. Respetuoso. Cálido.

—No… tienes razón—dijo por fin—. Estás diferente.

Sentí un calor inesperado subirme por el cuello.

—¿Eso es bueno o malo?

Se acercó un poco más. Yo me quedé quieta.

—Es peligrosamente bueno.

Tragué saliva.

Ahí estaba.

Ese punto canalla suyo.

Ese que siempre me desarmaba.

—Diez años —murmuró.

—Diez años —repetí.

—Te fuiste sin despedirte —añadió, sin reproche. Solo con una verdad suspendida entre nosotros.

—Tenía quince años —dije—. Y me moría de miedo.

Asintió despacio.

—Yo también.

El altavoz del aeropuerto anunció otra cancelación. La gente protestó a nuestro alrededor. Una niña empezó a llorar. El mundo siguió girando.

Nosotros no nos movimos.

—¿Tu vuelo? —preguntó al fin.

—Cancelado hasta mañana por la mañana.

Su sonrisa se ladeó.

—El mío también.

Ahí, justo ahí, lo supe:

La Nochebuena acababa de cambiar de forma.

Y yo todavía no tenía ni idea de hasta qué punto.

2

PREGUNTAS QUE APRENDIERON A ESPERAR

Durante unos segundos ninguno de los dos pareció saber qué hacer exactamente con su propio cuerpo.

Seguíamos de pie, uno frente al otro, después de pronunciarnos los nombres como si fueran una contraseña secreta. Yo tenía las manos tensas a los lados del abrigo; Damon jugueteaba con la correa de su mochila, enrollándola y desenrollándola sin darse cuenta. Los dos sonreíamos con esa mezcla de nervios e ilusión que solo se siente cuando el corazón va un segundo por delante de la razón.

—¿Te importa si nos sentamos? —preguntó al fin, señalando unas sillas metálicas junto a la pared, un poco más alejadas del bullicio.

Negué despacio, intentando parecer tranquila, aunque mi corazón golpeaba en el pecho.

—No… claro que no.

Caminamos juntos. No nos rozamos por pura disciplina, no por falta de deseo. Yo me senté primero, acomodándome el abrigo sobre las piernas. Él lo hizo a mí lado, dejando una distancia pequeña, contenida, como si aún estuviéramos aprendiendo de nuevo a estar cerca. Sus manos se posaron sobre los muslos, y yo no pude evitar mirarlas un segundo.

—Sigues frunciendo la nariz cuando estás nerviosa —dijo de pronto.

Lo miré sorprendida.

—¿Lo hago?

—Ahora mismo.

Me toqué la nariz instintivamente. Él sonrió, divertido.

—Supongo que hay cosas que no cambian.

—Como tu costumbre de fijarte demasiado.

—Como tu costumbre de fingir que no te gusta que me fije.

Sentí de nuevo ese rubor traicionero ascendiendo sin permiso. Bajé la mirada.

Me observó un instante en silencio. Yo desvié la mirada hacia mis manos, jugando con los dedos, intentando controlar la sonrisa que amenazaba con escaparse.

—Y también sonríes igual —dijo de pronto, con la voz suave, inclinándose apenas hacia mí y levantando las cejas de manera cómplice.

Alcé la vista y lo encontré mirándome con esa mezcla de ternura y descaro que siempre me desarmaba.

—¿Igual que cuándo? —pregunté, intentando sonar natural.

—Que cuando tenías quince años —replicó, encogiéndose de hombros y ladeando ligeramente la cabeza, como si esperara mi reacción.

Sonreí sin darme cuenta, y el gesto se escapó antes de poder contenerlo. Él lo hizo también, más lento, disfrutando del momento.

—Esa sonrisa un poco torcida, con ese brillo de alguien que siempre está a punto de reírse… sigue siendo preciosa.

Sentí cómo un calor lento me subía al pecho y bajé la mirada por un segundo, jugando con el borde de la manga de mi abrigo.

—Mi madre insistió durante años en que me pusiera aparato —confesé, girando ligeramente la cabeza hacia la ventana, mirando a los aviones sin poder evitar sonrojarme—. Decía que así la "perfeccionaría".

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Damon, inclinándose un poco hacia mí, apoyando un codo sobre la rodilla, atento.

—Porque ya era mía. Tal cual —respondí, encogiéndome de hombros y sonriendo tímidamente.

Él asintió despacio, con esa mirada que parecía calmarme incluso cuando no lo necesitaba.

—Hiciste lo correcto —dijo, levantando ligeramente la barbilla y manteniendo la mirada fija en mis ojos.

—¿Por qué? —pregunté, curiosa.

—Porque algunas sonrisas no nacieron para ser perfectas. Nacieron para quedarse en la memoria —añadió, inclinándose hacia mí, con las manos apoyadas suavemente sobre sus rodillas.

Guardamos un silencio pequeño, lleno. Yo jugueteaba con el abrigo entre mis manos.

—Tengo frío —dije mientras me lo cerraba un poco más, abrazándome ligeramente.

Él sonrió con suavidad.

—¿Quieres un chocolate caliente? —preguntó de repente—. Aunque el del aeropuerto es un atentado contra la dignidad humana.

Me reí.

—Venga—dije—. Vamos a arriesgarnos.

Nos levantamos al mismo tiempo, caminando hacia la máquina sin dejar de hablar, moviéndonos entre la gente. Yo sentí cómo su brazo rozaba ligeramente el mío al pasar, y él no se apartó, solo se ajustó la mochila. Cuando nos topamos con un grupo que bloqueaba parcialmente el camino, Damon puso suavemente su mano en mi espalda, guiándome con un gesto protector y casi imperceptible, asegurándose de que avanzáramos juntos sin perderme de vista.

—¿Y tu madre? —preguntó—. ¿Sigue poniendo demasiadas luces en Navidad?

Reí.

—Cada vez pone más. Creo que la casa se ve desde otro estado.

—Me alegra saber que algunas tradiciones sobreviven.

Mientras él metía las monedas, yo lo observaba de perfil, apoyada ligeramente en la máquina. Seguía teniendo ese gesto concentrado cuando hacía algo sencillo, como si el mundo entero dependiera del resultado, como si incluso una acción mínima mereciera toda su atención. Fruncía apenas el ceño, la mandíbula tensa, los labios apretados en una línea casi imperceptible.

Recordé que siempre había sido así. Damon no hacía nada a medias. Ni estudiar, ni cuidar de alguien, ni querer. Todo lo vivía con una intensidad silenciosa que no necesitaba grandes gestos para

hacerse notar. Quizá por eso me había sentido tan segura a su lado siempre… y por eso ahora me desarmaba de una forma distinta, más profunda.

La luz blanca de la máquina le dibujaba sombras suaves en el rostro, y pensé que el tiempo había pasado por él sin borrar lo esencial. Había cambiado, sí. Era más alto, más ancho, más adulto. Pero seguía siendo ese chico que se tomaba en serio hasta las cosas pequeñas, como si en cada gesto hubiera algo que proteger.

La máquina emitió un ruido metálico y se quedó en silencio. Los segundos se estiraron, lentos, casi crueles. Damon resopló, llevándose una mano a la nuca, y yo sonreí sin darme cuenta, con una ternura que me sorprendió a mí misma. Porque incluso frustrado, incluso esperando unos vasos de cartón en mitad de la madrugada, seguía siendo él.

Y yo seguía mirándolo como si lo hubiera sido siempre.

Mientras la máquina terminaba de decidir si iba a cooperar con nosotros o no, seguí observándolo de perfil. Tenía ese gesto impaciente tan suyo, apenas visible, como si el cuerpo se le adelantara siempre un segundo a los pensamientos. Los dedos tamborileaban con suavidad contra el lateral metálico, la mandíbula tensa, la mirada fija en la ranura por la que debían caer los vasos.

Sonreí para mí misma. Porque había cosas que el tiempo no conseguía borrar. Ni diez años. Ni ciudades distintas. Ni vidas que habían seguido caminos separados.

—Nunca fuiste paciente —le recordé, ladeando un poco la cabeza, con un deje de picardía en la voz.

Él giró el rostro hacia mí despacio, apoyándose con el hombro en la máquina. Sus ojos se encontraron con los míos y en ellos apareció esa chispa conocida, peligrosa, casi traviesa.

—Nunca fui bueno esperando lo que quería —respondió, encogiéndose de hombros, pero sin apartar la mirada.

Hubo un segundo de silencio. De esos que no incomodan. De los que se cargan de intención.

La máquina hizo por fin su trabajo y Damon se inclinó para recoger los vasos. Al incorporarse, me tendió uno. Nuestros dedos se rozaron levemente al intercambiarlo. Fue un contacto breve, casi

inexistente… pero suficiente para que algo me recorriera el pecho de arriba abajo.

Levanté la vista y lo encontré mirándome, con una media sonrisa ladeada, como si también lo hubiera notado.

Como si siguiera sabiendo exactamente cómo tocarme sin tocarme.

Acerqué el vaso al pecho, buscando el calor, y me di cuenta de que no era solo el chocolate lo que me estaba templando por dentro. Era esa sensación familiar y nueva a la vez. Esa certeza inquietante de que, pese a todo, seguíamos hablándonos en el mismo idioma.

Sin palabras.

Sin prisa.

Pero con la misma electricidad de siempre.

Sin decir nada, retomamos el paso por la terminal. Caminábamos despacio, con los vasos de café entre las manos, dejando que el calor del envase nos acompañara.

—¿Tu padre sigue trabajando en el taller? —preguntó.

—No —contesté—. Se jubiló el año pasado. Ahora está obsesionado con arreglar cosas que no están rotas.

Sonrió con ternura.

—Me alegro.

—¿Y tu madre? —pregunté.

—Sigue siendo la autoridad suprema del vecindario. Da órdenes incluso a los repartidores.

—Eso no ha cambiado.

—Jamás.

Reímos los dos. Aquel sonido parecía encajar de algún modo con el murmullo del aeropuerto, como si siempre hubiera estado ahí, esperando volver a existir.

Cuando me mudé, pensé que la distancia sería solo un detalle.

Teníamos quince años. El mundo aún era pequeño. Creíamos que las promesas eran irrompibles solo por el hecho de ser promesas. Como cuando enlazabas los dedos meñiques.

Los primeros meses hablamos todos los días.

Llamadas eternas hasta que alguno se quedaba dormido con el teléfono apoyado en la mejilla. Mensajes antes de entrar en clase. Fotos absurdas de lo que comíamos, de lo que veíamos, de nada.

Damon me contaba sus entrenamientos.

Yo le hablaba de mi nuevo instituto.

Nos quejábamos de sentirnos fuera de lugar. Juntos. A distancia.

Pero luego llegaron los silencios.

Primero pequeños. Un día sin hablar. Dos. Una semana con respuestas cortas.

Luego llegaron las excusas.

Luego las ausencias.

Nunca nos despedimos realmente.

La vida simplemente se fue colocando en medio.

—Tardé mucho en acostumbrarme al nuevo instituto —dije de pronto, saliendo de mis pensamientos.

—¿Te trataron mal? —preguntó, frunciendo el ceño.

—No… —dudé—. Simplemente no estabas tú.

Su expresión cambió lo justo.

—Yo estuve furioso contigo meses enteros.

—Lo merecía —admití.

—No lo merecías en absoluto. Fuiste un daño colateral de la decisión repentina de tus padres. Me jodió mucho que no pudiera enseñarte a hacer más trampas en el parchís. No puedes negarme que era el mejor.

Sonreí, aliviada.

—Tu ego siempre fue preocupante.

—El tuyo directamente peligroso.

Chocamos suavemente los vasos en un gesto improvisado de brindis.

—Por los egos insoportables.

—Por los egos insoportables.

Volvimos a sentarnos en los bancos metálicos, esta vez en otra parte de la terminal. El ruido era distinto allí, más amortiguado, como si el aeropuerto también supiera bajar la voz cuando hacía

falta. Esta vez nos acomodamos un poco más cerca. No lo comentamos. Simplemente pasó.

Damon apoyó los antebrazos sobre las piernas y se quedó mirando al frente durante unos segundos, como si estuviera decidiendo algo importante. Luego giró la cabeza hacia mí, directo, sin rodeos.

—¿Tienes pareja?

La pregunta cayó con suavidad… y con peso.

Parpadeé, sorprendida, y una sonrisa se me escapó antes de poder evitarla.

—Vaya —dije, ladeando un poco la cabeza—. Sigues siendo igual de directo.

Él alzó una ceja, con una media risita tranquila.

—Siempre lo fui contigo.

Negué despacio con la cabeza.

—No —respondí al fin—. No tengo.

Hubo una pausa breve, cargada de algo que vibraba entre nosotros. Entonces fui yo la que devolvió la pregunta, apoyando la espalda en el banco y mirándolo de reojo.

—¿Y tú?

—¿Yo? Tampoco.

Su respuesta fue igual de simple. Igual de honesta.

Nos miramos durante un segundo que duró más de lo normal. Un segundo que se estiró, lleno de recuerdos, posibilidades y esa sensación extraña de estar justo donde debíamos estar.

—Qué curioso —murmuró él, casi para sí mismo.

—¿El qué? —pregunté, sin apartar la mirada.

—Que estemos aquí. Solteros. Diez años después.

Solté una pequeña risa.

—Tal vez el universo se esté poniendo un poco dramático con nosotros.

Damon sonrió, despacio, con esa expresión que siempre me desarmaba.

—Siempre decías que lo era contigo.

Sonreí. Y esta vez no hice nada por ocultarlo.

—¿Te acuerdas de cuando me rompí el brazo cayéndome del columpio? —recordó.

—Me quisiste convencer de que había sido una acrobacia.

—Y tú dijiste que entonces los acróbatas eran muy torpes.

—Lo sigo pensando.

Nos reímos.

El tiempo pasaba de una forma distinta allí, sentados con un chocolate caliente compartiendo una historia que parecía no haberse detenido nunca, solo pausado.

—Te vi —confesó de repente—. Antes de que te acercaras.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Porque quería estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que estabas sonriendo.

Mi corazón se encogió un poco.

—Te vi sonreír —continuó—. Y supe que eras tú.

3

LA CIUDAD QUE NO DUERME

Le dije que iba al baño y me levanté despacio, intentando que el gesto pareciera casual. Damon alzó la vista al instante. Levantó las cejas con una media sonrisa inmediata, de esas que aparecen cuando sabe algo que no dice, como si mi pequeña huida le resultara demasiado evidente.

—No te escapes por la ventana —dijo, apoyando un codo en el respaldo del banco.

Rodé los ojos, pero no pude evitar reírme. Me giré y empecé a caminar hacia atrás, sin dejar de mirarlo, señalándolo con un dedo acusador, como si acabara de pillarlo en algo.

—Si quisiera irme, ya lo habría hecho —repliqué.

Él dejó escapar una risa baja, tranquila, de esas que parecían quedarse flotando en el aire. Su sonrisa se ensanchó con descaro mientras negaba despacio con la cabeza.

—Entonces me quedo tranquilo —respondió, incorporándose un poco sobre el banco—. Aunque si tardas demasiado… igual me ves aparecer por la puerta del baño de las chicas.

Me detuve en seco y lo miré, incrédula.

—Ni se te ocurra.

—Oye, sería por una buena causa —añadió, llevándose una mano al pecho con exageración—. Rescate emocional. Además, ahora que por fin te he encontrado, no estoy dispuesto a perderte otra vez tan fácil.

Lo dijo con una sonrisa ladeada, ligera, como si fuera solo una broma. Pero sus ojos no jugaban. Me sostuvo la mirada un segundo más de lo normal.

Sentí cómo algo me apretaba el pecho.

—Relájate —murmuré, intentando sonar tranquila—. No pienso desaparecer.

—Más te vale —replicó, volviendo a sonreír, esta vez con ese brillo travieso que siempre le conocí—. Ya he tenido suficiente con diez años sin saber de ti.

Negué con la cabeza, riendo ya sin disimulo, y por fin me giré para seguir caminando. Aun así, supe —lo supe con una certeza casi absurda— que Damon seguía mirándome mientras me alejaba. Y esa idea me acompañó hasta la puerta del baño, haciéndome sentir un poco menos sola… y mucho más consciente de que, le había echado demasiado de menos.

Caminar hasta el baño me dio un pequeño respiro, como si el aire cambiara apenas crucé la puerta. El murmullo de la terminal quedó atrás y, por un instante, todo se volvió más lento. Me apoyé frente al espejo, apoyando las manos en el lavabo, y respiré hondo, intentando ordenar un corazón que iba varios pasos por delante de mi cabeza.

Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes, el pulso todavía acelerado. Me observé con atención, como si pudiera encontrar en mi reflejo una explicación lógica a todo aquello. Pero no la había. Solo estaba yo, con una sonrisa que no lograba borrar y una emoción que me desbordaba por dentro.

No era solo un reencuentro. No era la nostalgia, ni el cansancio, ni la noche larga. Era algo más profundo. Algo que llevaba años dormido y que ahora, sin pedir permiso, había despertado de golpe. Como una canción que crees olvidada y de pronto suena en el momento exacto, removiéndolo todo.

Me pasé los dedos por el pelo, nerviosa, y cerré los ojos un segundo. Pensé en Damon, en su manera de mirarme, en cómo seguía recordando detalles que yo misma había dejado atrás. En lo fácil que resultaba estar con él… y en lo peligroso que era también.

—Esto no estaba en el plan —murmuré para mí misma.

Pero lo cierto era que, aunque me asustara, una parte de mí no quería que lo estuviera. Porque, por primera vez en mucho tiempo, me sentía exactamente donde tenía que estar.

Cuando salí, él estaba exactamente donde lo había dejado. Sentado, mirando el móvil, como si el tiempo no hubiera pasado ni un segundo desde que me fui. Y cuando me vio, sonrió con esa seguridad tranquila que me desarmaba, como si nunca hubiera existido la posibilidad de que yo no regresara.

—Vaya —dijo, alzando una ceja—. Así que no te has escapado.

—Qué decepción, ¿eh? —respondí, acercándome despacio—. Sé que estabas mentalmente preparado para colarte en el baño de las chicas.

Su sonrisa se ladeó, divertida.

—No me habría importado —admitió—. Ahora que te he encontrado, no pienso perderte tan fácilmente.

Noté un pequeño vuelco en el pecho, pero fingí indiferencia.

—Tranquilo, Damon. No soy de huir sin avisar.

—Eso dices ahora —replicó, incorporándose un poco—. Pero has tardado lo suficiente como para que empezara a imaginarme historias.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tipo de historias?

Me miró de arriba abajo, con esa mezcla de descaro y ternura que siempre sabía usar.

—Que igual necesitabas comprobar si yo seguía aquí. O que estabas ensayando una salida elegante.

Solté una risa suave.

—Solo necesitaba… —me encogí de hombros— volver a acordarme de cómo se respira con normalidad.

Se rió despacio, esa risa baja y cálida que me envolvía como una manta invisible.

—Me alegra saber que sigo teniendo ese efecto.

—No te emociones —le advertí, señalándolo con un dedo—. Es temporal.

—Claro —dijo, levantándose y colocándose frente mi—. Como todo lo que termina importando.

Nos miramos un segundo de más, con gestos que no se apagaban,

Caminamos unos pasos juntos sin rumbo definido, hasta que habló casi como si se le hubiera ocurrido de repente.

—Oye… —dijo—. ¿Y si salimos de aquí un rato?

Lo miré.

—¿Salir?

—Cenar algo. Dar una vuelta. Nuestros vuelos no salen hasta la mañana. El aeropuerto no es precisamente un lugar muy festivo para celebrar la Nochebuena.

Sentí una chispa de nerviosismo… y de ilusión.

—Vale —dije—. Me apetece.

Y así, como si fuera lo más natural del mundo, salimos juntos del aeropuerto después de diez años sin vernos.

El frío nos golpeó la cara nada más salir. Automáticamente me subí el cuello del abrigo.

—Hace frío… —murmuré.

Sin decir nada, Damon se colocó ligeramente detrás de mí al pasar entre la gente que fumaba en la puerta y apoyó la mano en mi espalda, guiándome con cuidado. Fue un gesto sencillo, protector, instintivo. Sentí su calor a través del abrigo y algo dentro de mí se encendió sin permiso.

Nueva York brillaba incluso de noche. Las luces, los coches, el vapor saliendo de las alcantarillas, la gente caminando deprisa con gorros de lana y vasos de café en las manos. Todo parecía una escena de película.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunté, ajustándome la mochila al hombro mientras lo seguía.

Damon giró un poco la cabeza, con esa media sonrisa que siempre parecía esconder algo.

—Confía en mí —respondió—. Prometo no meterte en ningún callejón oscuro… al menos no hoy.

Solté una risa suave.

—Qué considerado.

Caminamos unas cuantas manzanas en silencio cómodo, el tipo de silencio que no pesa. La ciudad a esas horas tenía algo distinto:

menos ruido, más luces reflejadas en el asfalto, más intimidad. Damon avanzaba con seguridad, como si supiera exactamente a dónde iba, y no me sorprendió cuando se detuvo frente a una pizzería con ventanales enormes, marcos de madera oscura y un interior bañado por luces cálidas.

El olor a queso derretido y masa recién horneada se escapaba hasta la acera.

—Aquí —dijo—. Ya hemos llegado.

Levanté la vista, curiosa. El lugar parecía sacado de otra época: madera por todas partes, mesas pequeñas con manteles de cuadros rojos y blancos, una barra al fondo y una pared llena de fotografías antiguas en blanco y negro.

—¿La conoces? —pregunté mientras empujaba la puerta.

—Demasiado bien —respondió—. He comido aquí más veces de las que debería confesar antes de coger un vuelo.

Entramos. El local estaba medio vacío, apenas un par de mesas ocupadas y una música suave de fondo que hacía que todo pareciera ir más despacio. El contraste con el aeropuerto era casi irreal.

Nos sentamos en una mesa junto al ventanal. Damon se acomodó frente a mí, apoyando los antebrazos en la mesa con naturalidad, como si aquel sitio también formara parte de su historia. Afuera, la ciudad seguía moviéndose a su ritmo eterno: taxis pasando, luces cambiando, gente que iba y venía sin saber que dentro de esa pizzería el tiempo parecía haberse detenido solo para nosotros.

Me quité el abrigo despacio y lo dejé sobre la silla, respirando hondo.

—Vale —dije, mirándolo—. Admito que has elegido bien.

Él sonrió, satisfecho, como si aquella pequeña aprobación significara más de lo que dejaba ver

—¿Sigues jugando al fútbol? —le pregunté mientras recorría la carta con la mirada, aunque hacía rato que no estaba leyendo nada en realidad.

Él levantó la vista hacia mí, apoyándose un poco más en el respaldo de la silla, como si la pregunta lo hubiera llevado sin aviso a otro lugar.

—No desde hace cuatro años —respondió—. Me lesioné la rodilla.

Hizo un gesto vago con la mano, restándole importancia.

—Nada épico. Nada heroico. Una torpeza en un mal giro.

Fruncí ligeramente el ceño y bajé la carta, mirándolo con atención.

—¿Te dolió mucho?

Damon sostuvo mi mirada unos segundos más de lo necesario. Luego bajó los ojos hacia la mesa, donde sus manos descansaban abiertas, tranquilas.

—Me dolió más dejarlo.

Algo en su tono, bajo y sincero, me apretó el pecho. Observé sus manos: grandes, fuertes, masculinas. Las mismas que recordaba de adolescentes, solo que ahora parecían llevar historias encima. Seguía teniendo ese contraste entre dureza y calma que siempre me había hecho sentir protegida, incluso sin tocarme.

—¿Y ahora? —pregunté, con suavidad.

Levantó la mirada de nuevo, encogiéndose apenas de hombros.

—Gimnasio. Para no oxidarme del todo.

Sonreí sin poder evitarlo. Él lo notó y arqueó una ceja.

—¿Qué?

—Nada —dije—. Me gusta que sigas cuidándote.

Sus labios se curvaron con esa sonrisa lenta, casi orgullosa, que siempre me desarmaba.

—¿Y tú? —preguntó entonces, inclinándose un poco hacia delante —. ¿Qué me dices de ti?

Me removí ligeramente en la silla, acomodando el abrigo sobre mis piernas antes de responder.

—Complemento el trabajo en la editorial con tocar el piano.

Alzó las cejas, sorprendido de verdad esta vez, y se quedó mirándome como si acabara de descubrir algo valioso.

—¿Desde cuándo?

—Cinco años.

—Vaya… —murmuró, apoyando un codo en la mesa—. Me encantaría escucharte algún día.

Mi corazón dio un pequeño salto, traicionero. Bajé la mirada apenas un segundo antes de volver a mirarlo.

—Algún día —repetí, casi en un susurro.

Y ese algún día se quedó flotando entre los dos, cargado de promesas silenciosas.

Llegó entonces el momento de elegir pizza… y fue un desastre anunciado.

Él tomó la carta con decisión exagerada.

—Mitad cuatro quesos, mitad barbacoa —propuso.

Levanté la vista de golpe, escandalizada.

—Eso es una aberración.

Se llevó una mano al pecho, fingiendo ofensa.

—Vale, vale. Margarita.

Torcí la boca, pensativa.

—Muy simple.

—Pepperoni.

—Demasiado fuerte.

—Vegetal.

Lo miré con suspicacia.

—¿Estamos seguros de que no hemos venido a discutir?

Nuestros ojos se encontraron… y aguantamos la seriedad apenas dos segundos antes de romper a reír al mismo tiempo, inclinándonos hacia la mesa, compartiendo esa risa fácil que siempre había sido nuestra.

—Si nos cuesta tanto decidir una pizza —dijo él cuando se calmó, mirándome con diversión y algo más—, mejor que no tengamos que tomar decisiones profundas juntos.

Sentí un pequeño vuelco en el estómago, inesperado.

—¿Cuatro quesos entera? —decidí, cerrando la carta con determinación.

Él sonrió, satisfecho, y levantó el dedo como si acabara de ganar algo importante.

—Sabia elección.

Cuando llegó la pizza, el aroma a queso caliente nos envolvió como una tregua perfecta. Damon fue el primero en coger una porción, llevándosela a la boca con esa naturalidad suya, como si llevara horas esperando ese momento. Un hilo de queso se estiró de forma exagerada y tuve que morderme el labio para no reírme.

—Recuerdo que siempre comías así después de los entrenamientos —dije mientras cogía mi propia porción y la sostenía con cuidado—. Como si no hubieras probado comida en días.

Él se limpió la comisura de los labios con una servilleta, despacio, mirándome por encima del borde del papel.

—No he cambiado tanto, ¿eh?

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Nada.

Dio otro mordisco y, entre bocado y bocado, alzó la vista hacia mí con una expresión distinta. Más suave. Más honesta.

—Aunque también comía mucho porque me ponía nervioso cuando estabas conmigo.

Me quedé inmóvil, con la pizza a medio camino entre el plato y mi boca.

—¿Cómo? —parpadeé—. ¿En serio?

Asintió, apoyando el codo en la mesa y sosteniendo la porción con la otra mano.

—En serio —repitió, con esa media sonrisa canalla que siempre conseguía desarmarme—. Cuando estabas cerca no sabía qué hacer conmigo mismo. Me entraba hambre de repente, o eso creía. Supongo que era una forma bastante torpe de no pensar demasiado en ti.

Sentí cómo el calor me subía lentamente por las mejillas. Bajé la mirada, fingiendo interés en limpiar mis dedos con la servilleta, aunque sabía que él no había dejado de observarme.

—Además —añadió, inclinándose un poco hacia mí, bajando la voz—, siempre pensé que eras demasiado para mí. Y estaba tan convencido de que se me notaba lo mucho que me gustabas… que comer era mi manera de esconderme.

Tragué saliva. En mi cabeza, algo se recolocó con suavidad, como piezas que por fin encajaban. Yo también lo había sentido. Desde siempre. Pero nunca me atreví a decirlo. Nunca. Habían pasado demasiados años, demasiados silencios. El secreto había crecido conmigo, protegido por la vergüenza y la distancia. Y ahora, escuchándolo, entendía cosas que en su momento no supe ver porque estaba demasiado ocupada sintiendo.

Le di un pequeño mordisco a la pizza, más por disimular que por hambre.

—Ahora entiendo algunas cosas… —murmuré, sin levantar del todo la mirada.

Damon sonrió despacio, dejando la porción en el plato.

—Todo —dijo, con una sola palabra, levantando ligeramente una ceja, como si resumiera diez años en ese gesto.

Me llevé una mano a la cara, riendo bajito, completamente sonrojada.

—No puedo creer que estés diciendo esto tan tranquilo.

—Créeme —respondió, limpiándose de nuevo con la servilleta, aunque sin apartar del todo la mirada de mí—, no estoy tan tranquilo como parece.

Alcé la vista justo a tiempo para encontrarme con sus ojos. Sonreía de medio lado, con ese brillo juguetón que siempre anunciaba que estaba a punto de decir algo peligroso.

—Además… —añadió, inclinándose un poco sobre la mesa, bajando la voz—, tu cara ahora mismo me da alguna pista de lo que sentías entonces.

Sentí cómo el calor me subía sin pedir permiso.

—¿Mi cara? —repliqué, fingiendo una calma que no tenía—. No te inventes cosas raras.

Él ladeó la cabeza, observándome con atención, como si me estuviera leyendo entre líneas.

—Sorprendida… —dijo despacio—. Un poco ruborizada… y nada convencida de lo que estás negando.

Bajé la mirada de inmediato, jugando con la servilleta entre los dedos.

—No saques conclusiones —murmuré—. Te estás montando una película.

—Puede ser —admitió, encogiéndose de hombros, sin borrar la sonrisa—. Pero si me equivoco… es una película bastante bonita.

El silencio que se creó no fue incómodo. Al contrario.

—Nunca pensé que dirías algo así —admití al fin, volviendo a mirarlo.

—Y yo nunca pensé que me mirarías así cuando lo hiciera —replicó, con una sonrisa más suave, casi vulnerable—. Pero supongo que ambos estamos llenos de sorpresas.

Seguimos comiendo en silencio unos segundos, compartiendo miradas, sonrisas torcidas y servilletas manchadas de tomate. Y por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de que algunas historias no llegan tarde. Solo esperan el momento exacto para ser contadas.

Nos quedamos unos segundos en silencio, riendo suavemente, con la pizza entre nosotros y la ciudad iluminada por neón al otro lado del cristal. La confesión había sido seria, importante, y a la vez divertida: nosotros, riendo, sonrojados, compartiendo bromas, y dejando salir algo que había estado guardado demasiado tiempo.

Por un momento, me sentí agradecida de que este secreto nunca hubiera tenido que ser dicho en voz alta, de que pudiéramos compartirlo así, entre risas y miradas, sin perder la naturalidad ni la complicidad que nos había unido durante tantos años.

Luego salimos a pasear de nuevo. Broadway se abría ante nosotros como un río de luces blancas y reflejos interminables. Los escaparates seguían encendidos pese a la hora, los semáforos parpadeaban en rojo y verde, y el ruido lejano de la ciudad llegaba amortiguado, como si el mundo hubiese bajado el volumen solo para dejarnos hablar. Caminábamos despacio, hombro con hombro, su voz grave acompañando cada paso, mezclándose con el murmullo de la noche y el vapor que salía de las alcantarillas.

—¿Te acuerdas de la fiesta de fin de curso? —pregunté, rompiendo el silencio mientras esquivábamos a un grupo de turistas.

Damon ladeó la cabeza, pensativo, con una media sonrisa.

—Cómo olvidarlo.

El recuerdo se abrió paso sin pedir permiso. Yo lo vi todo con una claridad extraña: el gimnasio decorado con guirnaldas de colores, la música demasiado alta, el suelo pegajoso… y aquel momento incómodo que aún me apretaba algo por dentro.

—Sí… —dije—. No podía creer que intentara hacerlo. Teníamos doce años, Damon. Doce. Yo era una cría.

Mientras caminábamos, recordé cómo James —porque así se llamaba— se había inclinado de repente, demasiado rápido, demasiado cerca. Cómo intentó robarme un beso sin preguntar, sin entender nada. El susto. La vergüenza. El nudo en la garganta. Y yo saliendo de allí casi corriendo, con las lágrimas ya cayendo, buscando aire… y buscándolo a él.

Damon soltó una risa incrédula, negando con la cabeza mientras avanzábamos bajo una marquesina iluminada.

—Lo sé… —dijo—. Y por eso me entró una furia que ni te imaginas. Tú apareciste fuera, llorando, con la cara roja, temblando… apenas podías hablar. Solo repetías su nombre. James. Una y otra vez.

Me tapé la cara con una mano, avergonzada, aunque sonreía.

—Qué drama… Dios, cómo lloraba.

—Como si se hubiera acabado el mundo —confirmó—. Y yo, que medía poco más de metro y medio y aún tenía voz de pito, no lo pensé. Fui directo a buscarlo.

—Y le empujaste.

—Le empujé —admitió, con orgullo infantil todavía en la voz—. Un empujón épico de niño de doce años. Más simbólico que peligroso, pero en mi cabeza yo era un superhéroe.

Solté una carcajada que se perdió entre el ruido de un autobús al pasar.

—Yo recuerdo que el monitor os separó y te castigaron sin refresco.

—El peor castigo de mi vida —dijo muy serio—. Pero lo volvería a hacer.

Lo miré mientras caminábamos. La ciudad seguía avanzando a nuestro alrededor, ajena a ese recuerdo pequeño y enorme a la vez. Algo se me apretó suavemente en el pecho.

—Me enfureció —continuó él, bajando un poco el tono—. Porque me gustabas. Y cómo se atrevía… —su voz se endureció apenas un segundo—. Me cabreó aún más por eso.

El recuerdo volvió entero: su mano en mi hombro, su forma torpe pero decidida de ponerse delante, sin saber muy bien qué hacer, solo que tenía que hacerlo.

—Yo no lo dudé ni un segundo —dije despacio—. Fui directa a buscarte. Siempre supe que, pasara lo que pasara, podía contar contigo.

Damon bajó la mirada mientras caminábamos, esquivando una grieta del asfalto. Durante unos segundos, su voz sonó más baja, más sincera.

—Y siempre podrás hacerlo —dijo—. No importa cuántos años pasen… ni cuántas cosas cambien.

Seguimos avanzando entre luces y sombras, y yo sentí que, de algún modo inexplicable, seguía siendo aquella niña de doce años que, sin entender muy bien por qué, sabía que él iba a estar ahí.

Caminamos. Yo me sentía en paz. Cómoda. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si esta noche fuera un regalo suspendido entre dos vidas.

Y, sin darme cuenta, la tensión empezó a crecer entre nosotros. Su mano rozando la mía. Su voz un poco más baja. Mis latidos un poco más rápidos.

Nueva York seguía despierta.

Y algo entre nosotros también.

Nos reímos, y en medio del frío y las luces de la ciudad, sentí que cada paso junto a él era más placentero, más natural. Podía hablar de todo y nada a la vez, y la sensación de complicidad me recordaba a los días en que éramos adolescentes, solo que ahora con más años, más historias, y una tensión que antes no existía.

—¿Sabes? —dije, mirando al frente, pensando en voz alta—. Me siento… bien. Muy a gusto. Contigo. Como si todo el mundo desapareciera un poco, y solo estuviéramos tú y yo.

—Eso es porque estamos tú y yo —dijo él, sonriendo ampliamente, con esa chispa canalla que siempre me desconcertaba —. Y nada más importa.

Cruzamos otra calle, y me fijé en cómo su respiración formaba pequeñas nubes en el aire frío. Sus manos, grandes y masculinas, se movían con naturalidad mientras hablaba, y yo no podía dejar de mirarlas, ni de notar la cercanía que empezaba a sentirse más intensa, más palpable.

—¿Recuerdas lo bien que nos llevábamos siempre? —pregunté, más suavemente, con un deje de nostalgia—. Antes de que todo cambiara, cuando éramos inseparables.

—Lo recuerdo perfectamente —señaló él—. Siempre me he preguntado cómo era posible que pudiéramos hablar de cualquier cosa, reírnos de todo y al mismo tiempo… sentirnos tan cómodos.

Nos detuvimos frente a un escaparate iluminado, reflejando nuestras siluetas juntas. Miré mi reflejo y luego el suyo, y algo en mí se relajó aún más. Éramos los mismos, aunque diferentes, y, aun así, todo encajaba.

—Supongo que eso nunca se pierde del todo —continué—. Incluso con los años, la distancia… la esencia de lo que éramos sigue ahí.

—Exacto —dijo él, mirándome con intensidad—. Y ahora… —su voz bajó, como si cada palabra pesara un poco más—, ahora también existe esto.

Sentí cómo un rubor subía por mis mejillas mientras intentaba no mirarlo demasiado. La tensión era sutil, cargada de promesas y recuerdos, de cercanía y de algo que todavía ninguno de los dos se atrevía a nombrar del todo. Pero las bromas seguían, los gestos suaves y la comodidad entre nosotros hacían que todo pareciera posible.

—Entonces… ¿nunca dejamos de ser nosotros? —pregunté en voz baja, casi para mí misma.

—Nunca —replicó él, con un brillo en los ojos que decía más de lo que las palabras podían contener.

Y así, caminando entre luces, neón y el murmullo de la ciudad, entre risas y recuerdos, sentí que estábamos volviendo a encontrarnos de una manera que jamás habría imaginado. La noche de Nueva York nos envolvía, y por primera vez en años, todo parecía encajar.

4

EN EL CALOR DE UNA LAVANDERÍA

El frío empezó a calarnos de verdad unas calles más adelante. Ya no era solo un cosquilleo en la punta de la nariz: se me colaba por las mangas del abrigo, por el cuello, por los huesos. Caminábamos despacio, sin prisa, como si ninguno quisiera ser el primero en proponer volver al aeropuerto.

—Empiezo a pensar que esta ciudad intenta echarnos a patadas —murmuré, frotándome las manos.

Damon se detuvo de golpe.

—Ven.

Me señaló un local con un enorme rótulo de neón parpadeante: *LAUNDROMAT – 24 HOURS*. A través de los ventanales se veía una sucesión de lavadoras girando como si fueran portales a otros mundos. Luz blanca. Calor. Seguridad.

—¿Una lavandería? —pregunté.

—Un palacio del calor gratuito —respondió con solemnidad—. Y además… nadie nos va a echar.

Entramos.

El contraste fue inmediato. El aire caliente me envolvió como una manta. El sonido rítmico de las lavadoras llenaba el espacio con una especie de música mecánica y constante. Solo había una mujer mayor al fondo, doblando ropa con absoluta concentración.

—Esto es romántico a otro nivel —bromeé.

—Totalmente. Las historias de amor más importantes nacen entre detergente y centrifugado.

Me quité el abrigo y lo coloqué sobre el respaldo de una de las sillas de plástico azul alineadas frente a las máquinas. Damon hizo lo mismo. Luego cogió una silla más y, en lugar de sentarse a mí lado, la colocó frente a mí, acercándola hasta que nuestras rodillas casi se tocaban.

—Así —dijo—. Para verte bien.

Sentí un cosquilleo subir por las piernas.

—¿Y ahora qué hacemos en este lugar tan… cotidiano? —pregunté.

Damon ladeó la cabeza, pensativo, con ese gesto suyo que siempre anunciaba ideas peligrosas.

—Jugamos a algo.

—Eso suena sospechoso.

—A preguntas —aclaró—. De esas absurdas. A ver si aún nos conocemos.

—¿Como un examen?

—Exacto.

—Primera pregunta —anunció él, alzando una ceja—. ¿Cuál es mi color favorito?

Lo observé unos segundos, fingiendo concentración exagerada.

—Negro.

Damon negó despacio, con decepción teatral.

—Incorrecto. Azul oscuro.

—Eso es negro con complejos.

—Eso es una ofensa cromática directa.

No pude evitar reír.

—Mi turno —dije—. ¿Cuál es mi color favorito?

—Azul —respondió sin dudar.

—Correcto.

—Siempre fue azul —añadió, con una media sonrisa.

Sentí un pequeño cosquilleo de nostalgia en el estómago.

—Sigue —le animé.

—¿Cuál es mi comida favorita? —preguntó Damon.

—Hamburguesa con queso.

—Sigo siendo un hombre sencillo.

—Y previsible.

—Y tú sigues juzgándome por ello.

—Completamente.

—Muy bien —continuó él—. ¿Cuál es mi miedo más absurdo?

Entrecerré los ojos.

—¿Las palomas?

Abrió los ojos con dramatismo absoluto.

—¿Aun lo recuerdas?

Me curvé hacia delante de la risa.

—Son ratas con alas, Damon.

—Son el mal con plumas.

Me sequé una lágrima imaginaria de la risa.

—Mi turno —dije—. ¿Cuál es mi miedo más absurdo?

Él frunció el ceño, pensando de verdad.

—Las escaleras mecánicas que hacen ruidos raros.

—Eso no es absurdo. Eso es instinto de supervivencia.

—Entonces eres una visionaria.

Seguíamos riendo, cada vez más sueltos, más cerca, más naturales. El ruido de las lavadoras parecía marcar el ritmo del juego.

—Última —dijo Damon, bajando un poco la voz—. ¿Qué querías ser de mayor cuando tenías doce años?

Sonreí antes de responder.

—Quería trabajar, tener mi propio dinero, sentir que era independiente. Entrar en el mundo laboral… y lo he conseguido.

Damon me miró con una expresión distinta. Orgullosa. Limpia.

—Siempre fuiste más valiente de lo que creías.

Tragué saliva, un poco sorprendida por la seriedad de su tono.

—Ahora tú —dije—. ¿Qué querías ser de mayor?

—Jugador profesional.

—Eso sí que no ha cambiado nunca.

Sonrió.

—Tú tampoco tanto como crees.

El sonido de una lavadora acelerando el centrifugado llenó el pequeño silencio que quedó entre los dos.

Y algo en el aire vibró distinto.

El centrifugado de una de las lavadoras subió de intensidad y el zumbido llenó el pequeño silencio que se había quedado entre nosotros. Damon fue el primero en moverse. Se pasó una mano por la nuca, como si dudara un segundo antes de hablar.

—Vale… —dijo—. Te voy a hacer una pregunta que no entra en el juego.

Lo miré con curiosidad.

—Eso siempre significa que es peligrosa.

—Un poco.

Inspiró hondo, sin mirarme del todo.

—¿Quién me dio mi primer beso?

La pregunta me sorprendió, pero no dudé. Lo supe al instante.

—Lauren —respondí—. En aquella excursión al lago. Volviste presumiendo una semana entera.

Damon soltó una risa baja, incrédula.

—No puedo creer que te acuerdes.

—Claro que me acuerdo —dije—. Te pusiste insoportable.

—Solo un poco insoportable.

—Solo —repetí con ironía.

Nos miramos unos segundos, sonriendo, hasta que sentí el impulso de devolverle la pregunta.

—Ahora te toca —dije, algo más despacio—. ¿Quién fue el mío?

Esta vez fue él quien respondió sin titubeos.

—Markus.

Parpadeé, sorprendida.

—Vaya…

—Dennis me lo contó —añadió.

Algo en su tono cambió. Levantó una rodilla, apoyó el antebrazo encima y agachó la cabeza, mirando al suelo mientras hablaba, como si pudiera revivirlo mejor así.

—Vino un día todo acelerado —continuó—. Me dijo que te había visto en una fiesta, besándote con un chico. Con Markus.

Tragué saliva.

—Fue una tontería —murmuré.

—Para ti, quizá —dijo con una sonrisa torcida—. Para mí… se me removió algo por dentro. No supe qué era exactamente. No sabía si

eran celos, rabia, orgullo herido o todo a la vez. Solo sabía que me sentí raro.

Sus dedos se entrelazaron despacio.

—Esa noche no dormí nada.

El aire se volvió más denso entre los dos. No incómodo. Pero sí cargado de cosas que nunca se habían dicho.

Yo lo miraba, en silencio, con el corazón golpeándome un poco más fuerte de lo normal. Y en mi cabeza, como un pensamiento prohibido, surgió algo que jamás confesaría en voz alta: a mí también se me rompió algo cuando supe lo de Lauren. Pero eso pertenecía a una versión de mí que había aprendido a callar.

—Supongo que éramos críos —añadió él finalmente, alzando la vista hacia mí—. Críos que no sabían qué hacer con lo que sentían.

Asentí despacio.

—Sí —dije—. Éramos solo críos.

Pero ya no lo éramos.

Y eso, de repente, lo cambiaba todo.

Salimos de la lavandería y el frío nos golpeó de lleno, como si la ciudad quisiera recordarnos que seguíamos en diciembre y que la madrugada no perdonaba a nadie. El vapor de nuestras respiraciones se mezcló en el aire. Me encogí dentro del abrigo sin darme cuenta.

—Creo que he perdido toda la tolerancia al invierno —murmuré.

—Daniels, nunca tuviste tolerancia al invierno —respondió Damon con una sonrisa—. Siempre has sido una friolera profesional.

—Perdona —repliqué—, no todos somos un radiador humano andante.

—Eso es porque no conoces las ventajas de ser caluroso —dijo él —. El invierno es nuestro hábitat natural.

—Claro, por eso ibas siempre en manga corta mientras el resto llevábamos tres capas.

—Era una declaración de poder.

Caminamos unos pasos más y una ráfaga de viento se me coló directa por el cuello. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo, traicionero.

Y entonces lo hizo.

Damon pasó el brazo por encima de mis hombros.

Con naturalidad.

Sin anunciarlo.

Sin convertirlo en un gesto solemne.

Su antebrazo me rodeó con firmeza y su mano quedó apoyada en mi brazo. Yo me tensé apenas una décima de segundo… y luego me relajé. No me aparté. Él tampoco retiró el brazo.

Seguimos caminando así.

—Siempre te pasaba esto —comentó—. Temblabas incluso en primavera.

—Porque tú siempre decías que hacía calor aunque estuviéramos a dos grados.

—Es una cuestión de actitud.

—No, perdona, lo tuyo es una cuestión de genética defectuosa.

Soltó una carcajada baja.

—Admite que me necesitas para sobrevivir al invierno.

—Admito que eres un método de calefacción aceptable.

—Aceptable —repitió, fingiendo indignación—. Qué poco valoras mis virtudes.

Su brazo se apretó un poco más contra mis hombros. Apenas un gesto. Pero mi corazón lo notó como si fuera mucho más.

Las luces de Nueva York resbalaban por el asfalto. Pasamos frente a escaparates iluminados, taxis detenidos en semáforos, gente que caminaba deprisa... Todo iba deprisa menos nosotros.

—¿Te das cuenta de que estamos discutiendo por el clima? —dijo.

—Es porque tú te empeñas en llevar el verano metido en las venas.

—Y tú en declarar la guerra al frío cada invierno.

—Alguien tiene que hacerlo.

Seguimos avanzando despacio. Yo notaba su calor a través de la chaqueta, su paso acompasado al mío, su presencia firme a mí lado. Y pensé, sin querer: me siento a salvo.

Nos detuvimos ante un semáforo en rojo. Estábamos muy cerca. Demasiado cerca para fingir que no estaba pasando nada. Él bajó un poco la cabeza hacia mí para escucharme mejor cuando hablé.

—Damon…

—¿Sí?

—No sé si estoy preparada para que esta noche termine.

Me miró con una expresión suave, distinta. Cercana. Sus ojos se clavaron en los míos, y durante un segundo todo lo demás desapareció.

—Entonces pensemos en ahora —dijo.

Y sin darle dramatismo, sin convertirlo en un gesto grandioso, se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

Fue breve.

Cálido.

Sencillo.

Pero yo sentí cómo algo se me desordenaba por dentro, como si ese beso hubiera tocado un lugar que llevaba años esperándolo sin saberlo.

Cuando se separó, fingí normalidad.

—Eso no cuenta como calefacción —murmuré.

—Está en fase de pruebas.

—Qué poco fiable eres.

—Y tú qué exigente.

El semáforo se puso en verde. Cruzamos la calle todavía demasiado cerca. Su brazo seguía sobre mis hombros.

Y ya no era solo frío lo que me hacía temblar.

5

PEQUEÑOS REFUGIOS

El beso en la mejilla todavía me ardía en la piel cuando seguimos caminando. No dijimos nada al respecto. No hizo falta. A veces lo más importante se queda flotando en el aire sin necesidad de palabras.

Avanzábamos despacio por una calle más tranquila cuando una luz blanca, casi quirúrgica, me llamó la atención desde la acera de enfrente. Un pequeño comercio abierto veinticuatro horas. De esos que venden un poco de todo y nada a la vez.

No pensaba detenerme.

Pero entonces lo vi.

En un estante junto a la puerta, entre botellas de agua, chocolatinas y cargadores de móvil, había un peluche pequeño, sencillo, blanco, un poco torcido, con forma de osito. No era nada especial. No era precioso. Pero algo en él me hizo sonreír por lo que me recordó.

Fui reduciendo el paso sin darme cuenta.

Damon lo notó al instante.

—Te has quedado mirando —dijo.

—No —mentí de inmediato, demasiado rápida.

Se giró hacia donde yo miraba… y luego volvió a mí con media sonrisa peligrosa.

—Ah. Ya sé lo que mirabas.

—No es un "ah" —me defendí—. Es solo… un peluche sin más.

—Claro. Tú siempre te detienes ante los "peluches sin más".

Intenté restarle importancia con un gesto de la mano.

—Venga, sigue andando. No pasa nada.

Di un paso.

Entonces sentí su mano cerrarse alrededor de la mía.

Y tiró de mí hacia atrás.

—Un segundo —señaló—. Vamos a comprobar científicamente ese "no pasa nada".

—¡Damon! —protesté, riendo—. No hace falta.

—Sí hace.

—No hace.

—Hace muchísimo.

Entró en la tienda tirando de mí sin soltarme la mano. El timbre de la puerta sonó con un clin metálico al abrirse y el calor artificial nos envolvió de golpe, obligándome a parpadear.

El lugar era una de esas tiendas de veinticuatro horas tan propias de Nueva York: estrecha, demasiado iluminada, con estanterías repletas de snacks, cafés para llevar, revistas arrugadas y productos que parecían llevar allí desde otra vida. Olía a café requemado, a bollería industrial y a calefacción antigua.

Tras el mostrador, un dependiente enorme nos observó con expresión poco amistosa. Era alto, ancho como un armario, con una barriga generosa tensando la camiseta oscura y una barba espesa que le cubría media cara. Tenía el ceño fruncido de forma permanente, como si la vida —y especialmente los turnos nocturnos — le debieran algo. Sus brazos descansaban cruzados sobre el pecho, inmóviles, vigilándonos como si sospechara que íbamos a cometer algún delito menor.

Yo intenté zafarme de la mano de Damon, más por costumbre que por verdadera intención. Él no aflojó.

—No te escapes ahora —murmuró, inclinándose hacia mí con una sonrisa ladeada—. Ya estamos dentro.

Sentí su pulgar rozarme la piel con un gesto distraído, casi protector, y dejé de intentarlo. Afuera hacía frío. Aquí dentro… había calor, y no solo por la calefacción.

Damon siguió la dirección de mi mirada antes incluso de que yo me diera cuenta de que había vuelto a perderme. Caminó despacio hasta la estantería del fondo y se agachó frente a ella, como si no quisiera llamar la atención de nadie.

Cuando lo vi coger ese peluche, el mismo en el que me había quedado mirando unos segundos de más en el escaparate, sentí un pequeño vuelco en el pecho.

Lo sostuvo entre las manos, observándolo con detenimiento. Le pasó el pulgar por el gorrito rojo, como comprobando la textura, y luego levantó la vista hacia mí.

—Así que era este —dijo, con una media sonrisa tranquila, segura —.

—¿El qué? —pregunté, fingiendo no saber de qué hablaba.

Damon se incorporó despacio y dio un par de pasos hasta quedar frente a mí. Alzó el peluche entre nosotros.

—El que mirabas antes —añadió, bajando un poco la voz—. En el escaparate.

Noté cómo el calor me subía a las mejillas.

—No estaba mirando —me defendí, cruzándome de brazos—. Solo… pasaba por allí.

Él sonrió, divertido, sin creerme ni una palabra.

—Claro —dijo—. Y yo no llevo veinte minutos observándote fingir que no tienes frío.

Acercó el peluche un poco más, como si me lo presentara.

—Tiene pinta de aguantar noches largas —añadió—. Pequeño, pero resistente.

—Devuélvelo a su sitio —murmuré, aunque ya estaba sonriendo —.

Damon ladeó la cabeza, evaluándome, y luego negó despacio.

—Ni hablar —dijo—. Si lo has elegido, será por algo.

—No tienes que comprarme nada.

—No voy a comprarte nada.

—¿Seguro?

—No.

—Mira —dije—, soy una mujer adulta, independiente…

—Que se ha quedado embobada mirando un oso de tres dólares.

—Eso es irrelevante.

—Está un poco bizco —comentó.

—Como tú cuando te concentras demasiado.

Sonrió.

—Eso es un insulto muy específico.

—Soy especialista.

Lo dejó de nuevo en su sitio.

—¿De verdad no lo quieres?

—De verdad que no.

—Mientes fatal.

—No miento.

—Tu ceja izquierda ha dicho que sí.

Me tapé media cara con la mano.

—Damon…

Suspiró.

—Vale. Hagamos una cosa—dijo—. Si esta noche tienes frío otra vez, no te quejas y te abrazas al oso. Él será responsable de tu bienestar en cuanto a temperatura. ¿Trato?

—Eso no es un trato.

—Bueno, es un chantaje adorable. ¿No crees?

Cogió el peluche antes de que pudiera impedirlo y se dirigió hacia la caja. Yo fui detrás, divertida y derrotada.

—Eres imposible.

—Lo sabes desde los doce años.

Pagó, metió el peluche en una pequeña bolsa y, al salir, volvió a buscar mi mano como si fuera lo más natural del mundo.

—Toma —dijo, entregándomelo.

Lo sostuve entre mis dedos, intentando no sonreír demasiado.

—No pienso admitir que me hace ilusión.

—No hace falta —respondió—. Se te nota igual.

Y seguimos caminando, con el pequeño oso colgando de mi mano, su brazo volviendo lentamente a mis hombros, y esa sensación de estar entrando —sin darnos cuenta— en un territorio donde los recuerdos ya no eran suficientes para explicar lo que estaba empezando a pasar.

Saqué el peluche de la bolsa y lo acomodé entre mis manos, como si necesitara comprobar que era real. El tacto suave me arrancó una sonrisa silenciosa, de esas que no piden explicación. No dije nada.

Damon lo observaba con atención. Su mirada no era solo curiosa; había en ella algo más hondo, algo que se parecía demasiado a un recuerdo.

—¿Sabes…? —dijo al fin, rompiendo el silencio con cuidado mirando al frente—. Yo también me di cuenta de que se parece mucho al mío.

Sonrió de lado, como si la imagen le hubiera llegado de golpe.

—Era viejo, medio bizco —añadió—. Y tenía una oreja cosida con hilo blanco, porque se le descosió de tanto dormir con él. Pero tenía carácter.

Me giré hacia él, divertida, sosteniendo el peluche un poco más fuerte contra el pecho.

—¿También lo notaste? —pregunté.

Asintió despacio.

—Claro —respondió—. Me quedé mirándolo un segundo de más. Igual que tú.

Se acercó un poco, lo suficiente para señalar con un dedo el gorrito del oso.

—Me recordó a la casa de mi abuela —continuó—. A esas noches en las que te quedabas a dormir en casa de mi abuela, te acostabas en la cama de invitados y yo me tumbaba a tu lado fingiendo que no tenía sueño.

Sonreí al instante. Yo también lo recordaba.

—Siempre te dormías primero —dije en voz baja.

—Porque tú me robabas el peluche —replicó, con una risa suave —. Decías que era más cómodo que el tuyo.

—Mentira —me defendí—. Decía que el mío estaba demasiado aplastado.

—Exacto —asintió—. Y luego te quedabas dormida abrazándolo como si fuera un tesoro.

Durante unos segundos ninguno habló. El ruido lejano de la tienda parecía difuminarse.

—Supongo que por eso me fijé —añadió finalmente—. Porque no era solo un peluche. Era… una parte de nosotros que seguía ahí, esperando.

Bajé la mirada al oso, sintiendo un nudo dulce en el pecho.

—Nunca pensé que volveríamos a compartir algo así —murmuré.

Damon me miró con esa calma suya que siempre parecía sostenerlo todo.

—Yo sí —dijo—. Solo tardamos diez años en darnos cuenta.

Suspiré, dejando que los recuerdos me envolvieran. Y caminamos durante unos minutos más, en silencio. No necesitábamos nada más, solo él y yo, y recordar quienes éramos.

—Damon… —empecé—. ¿Recuerdas aquel día en el vestuario después del entrenamiento?

Él me miró, tranquilo, como si supiera a qué me refería.

—Sí… jamás lo olvidaré —dijo.

—Teníamos trece años —añadí, bajando un poco la voz—. ¿Te acuerdas?

Damon asintió despacio, sin interrumpirme.

—Ese día alguien me dijo que estabas en el vestuario… —tragué saliva— que estabas llorando, que acababas de enterarte de lo de tu abuela. Y se me cayó el mundo encima.

Hice un gesto pequeño con la mano, como si aún pudiera ver aquella escena.

—No lo pensé. De verdad que no —añadí, negando con la cabeza —. Eché a correr por los pasillos del instituto, esquivando gente, bajando las escaleras casi de dos en dos… tenía la sensación de que, si tardaba un segundo más, llegaría tarde.

Guardé silencio un instante. El recuerdo seguía ahí, intacto.

—Cuando entré… —continué, más despacio— te encontré en el suelo. Acurrucado. Hecho un ovillo. Temblando. Tenías los ojos rojos, la cara hundida… —me llevé una mano al pecho—. Me dolió verte así.

Damon caminaba a mí lado, atento, con la mirada fija en el suelo.

—No pensé qué hacer —dije—. Simplemente me senté contigo. Te abracé. Y apoyé tu cabeza en mis piernas.

Sonreí con tristeza.

—Recuerdo cómo poco a poco dejaste de temblar. Cómo tu respiración se fue calmando… —alcé la vista hacia él, buscando su reacción—. Y recuerdo, sobre todo, esa sensación extraña. Como si aquel abrazo nos hubiera unido de una forma distinta. Más profunda.

Como si algo hubiera cambiado sin que ninguno de los dos lo supiera todavía.

Damon no respondió de inmediato. Bajó la mirada, como si necesitara un segundo para ordenar lo que sentía. Se pasó la lengua por el labio inferior con un gesto distraído y después volvió a mirarme, con los ojos un poco más oscuros, más sinceros.

—Gracias… —dijo despacio, y su voz sonó más grave de lo habitual—. De verdad.

Dio un paso pequeño hacia mí, sin invadir mi espacio, pero lo suficiente para que pudiera sentir su presencia.

—Aquel día yo no sabía cómo gestionar nada de lo que me estaba pasando —continuó—. Todo era demasiado grande, demasiado rápido. Y tú… tú simplemente te sentaste a mí lado. No intentaste arreglarlo. No me pediste que dejara de llorar.

Sonrió apenas, con una ternura que me apretó el pecho.

—Me hiciste sentir que no estaba solo —añadió—. Y eso… eso fue muy especial para mí.

Se encogió de hombros, como si intentara restarle importancia, pero no lo consiguió.

—Nunca lo olvidé —confesó—. Ni tu abrazo, ni cómo olías a jabón, ni la forma en la que me sostuviste sin hacer preguntas. Creo que ahí entendí, aunque no supiera ponerle nombre, que contigo todo dolía un poco menos.

Se hizo un silencio suave entre nosotros.

—Así que sí —concluyó, mirándome a los ojos—. Gracias por eso. Siempre.

No dije nada. No hizo falta.

Di un paso hacia él y lo abracé. Despacio, sin pensar, como si mi cuerpo recordara antes que mi mente. Damon se quedó quieto un segundo, sorprendido, y después sus brazos me rodearon con firmeza, segura, como si aquel gesto también le perteneciera desde siempre.

Apoyé la mejilla en su pecho y sentí cómo soltaba el aire, largo, profundo, como si por fin pudiera descansar ahí. Su mano se posó en mi espalda y trazó un movimiento lento, casi imperceptible, que me ancló al momento.

No era un abrazo de prisa ni de consuelo urgente. Era un abrazo de reconocimiento. De esos que dicen aquí estás, aquí sigo, no te has ido del todo.

Permanecimos así unos segundos más, envueltos en el silencio y en todo lo que nunca habíamos dicho, y supe que, aunque el tiempo hubiera pasado, algunas cosas seguían intactas.

Con él, siempre había sido fácil quedarse.

Cuando nos separamos, ninguno dio un paso atrás del todo. Como si romper el contacto costara un poco más de lo esperado. Damon me miró un instante, con esa expresión tranquila que siempre aparecía cuando dejaba de hacerse el fuerte, y después echamos a andar de nuevo, despacio, sincronizando los pasos sin darnos cuenta. El ruido de la ciudad nos envolvía, pero entre nosotros había una calma distinta, casi suspendida.

—Siempre fuiste muy protector conmigo —dije de pronto, sin mirarlo, con una sonrisa pequeña que llevaba años guardada—. Incluso ahora.

Damon ladeó la cabeza, con una sonrisa traviesa que de inmediato me hizo sentir más ligera, como si el peso de la emoción se diluyera un poco.

—Bueno… alguien tenía que asegurarse de que esta noche sobrevivieras al invierno de Nueva York —dijo, con un tono exageradamente serio, inclinando la cabeza como si diera una clase magistral de protección de amigos.

Reí suavemente, rodando los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasaría si no estuvieras tú para protegerme? —pregunté, juguetona, intentando igualar su tono de broma.

—Pues tendrías que aprender a sobrevivir sola —contestó, encogiéndose de hombros con teatralidad—. O entrenarte para ser un oso polar, lo que sea más rápido.

No pude evitar reírme con ganas. Su habilidad para quitarle peso a cualquier momento, incluso a uno tan cargado de recuerdos y emociones, era increíble.

—Un oso polar, dice… —susurré entre risas—. No sé si sobreviviría.

—Claro que sí —replicó, con media sonrisa—. Pero si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

Sus ojos se encontraron con los míos de nuevo, brillantes y cálidos. La broma había suavizado la intensidad, sí, pero la cercanía seguía ahí, palpable. Mi corazón latía un poco más rápido, sin que ninguno de los dos lo mencionara.

6

ALGODÓN DE AZÚCAR

El aire de Nueva York estaba más frío esa noche, pero yo no lo sentía. Caminábamos sin prisa, riendo de nuestras propias historias, y cada vez me resultaba más difícil separar mi risa de la forma en que él me miraba. Damon tenía ese don de hacer que todo lo que tocara sonara divertido, incluso el viento cortante de diciembre.

—Mira —dijo de pronto, señalando la feria con un gesto exagerado y un brillo travieso en los ojos—. Está cerrada, oscura, abandonada… y, sin embargo, parece increíble. ¿No te apetece un poquito de aventura?

Me detuve, arqueando una ceja.

—¿Aventura? —pregunté, divertida y desconfiada—. Ni de broma voy a colarme en una feria cerrada.

Él sonrió, ladeando la cabeza como si ya hubiera esperado mi reacción.

—Ah, ¿sí? —dijo con su toque canalla habitual—. Si no te arriesgas un poquito, nunca descubrirás lo divertido que puede llegar a ser.

—No estoy segura de que… —empecé a protestar, pero él ya estaba delante de mí, tomándome de la mano con esa confianza que me desarmaba.

—Vamos, solo un ratito —susurró—. Te prometo que será épico.

Mis mejillas se calentaron. Sabía que me estaba tentando, y que si le decía que no, él no lo aceptaría. Y, bueno… tampoco quería decir que no.

—¿Épico? —dije, intentando sonar firme—. Esto suena a que vamos a meternos en problemas.

—Solo un poco —admitió, guiñándome un ojo—. Nada que no hayamos sobrevivido antes.

Nos acercamos a la verja que cerraba la entrada de la feria y me detuve en seco. La observé de arriba abajo, calculando mentalmente mis posibilidades… que eran pocas. Damon, en cambio, la recorrió con la mirada como si estuviera valorando una ruta de escape, serio, concentrado, con esa actitud suya de "déjamelo a mí".

—No voy a saltar esa valla —dije al fin, cruzando los brazos y ladeando la cabeza.

Él me miró, y una sonrisa lenta, descarada, le curvó los labios.

—Claro que no —respondió—. La vas a saltar conmigo.

Antes de que pudiera protestar, me cogió de la mano y me llevó hasta el lado más bajo de la verja. Sus dedos apretaron los míos con firmeza, tranquilizadores.

—Te ayudaré —dijo, bajando un poco la voz—. Solo confía en mí.

Tragué saliva. Asentí.

Colocó una mano en mi cintura y la otra en mi espalda, sujetándome con cuidado, como si midiera cada gesto para no hacerme daño. Noté su cercanía, su atención puesta solo en mí, en que mis pies encontraran apoyo, en que no resbalara.

—Despacio —murmuró—. Apoya aquí primero… eso es.

Me impulsó con suavidad, sin brusquedad, sosteniéndome todo el tiempo. Su mano no se apartó ni un segundo, firme, protectora, hasta que mis pies tocaron el suelo del otro lado.

—Ya estás —dijo, aliviado.

Me giré hacia él con una sonrisa nerviosa, todavía con el pulso acelerado. Él me devolvió la mirada desde la valla, asegurándose de que estaba bien antes de saltar él.

Y en ese gesto sencillo, en esa forma de cuidarme sin hacerlo evidente, entendí que Damon siempre había sido así. Que, incluso sin decirlo, siempre me había sostenido.

—¿Ves? Nada de qué preocuparse —dijo, subiendo él tras mí y aterrizando con cuidado al lado contrario—. Todo bajo control.

—Sí… gracias por no dejarme caer —susurré, mientras mi pulso seguía acelerado.

—Siempre —contestó él, con una sonrisa que me hizo derretir por dentro.

Entramos a la feria y el silencio nocturno nos rodeó. Los carruseles estaban apagados, los puestos vacíos, pero para Damon y para mí, aquello parecía el lugar más mágico del mundo.

—Perfecto —afirmó, fingiendo ser un vendedor—. Aquí tengo algodón de azúcar recién hecho. Solo para ti.

Me reí, divertida y sorprendida al mismo tiempo.

—Damon… esto es ridículo.

—Exactamente —replicó, con una sonrisa canalla—. Ridículo y perfecto.

Me ofreció el algodón de azúcar imaginario, y yo di un mordisco como si realmente existiera. Nos reímos hasta que me dolió la mandíbula, y su brazo rozando ligeramente el mío me hizo cosquillas en el pecho. La complicidad y la tensión crecían con cada gesto, con cada carcajada compartida.

—Ni siquiera sé por qué te sigo —susurré, entre risas—. Esto es completamente absurdo.

—Porque te gusta —dijo él, serio un segundo, y luego volvió a sonreír—. Y no se lo diremos a nadie. Es nuestro secreto.

El frío, la noche, la ciudad… todo quedó atrás. Solo estábamos nosotros, entre luces apagadas y la magia que nos envolvía.

—Demos una vuelta —propuso él con un brillo travieso en los ojos —. Solo nosotros, la ciudad y el cielo de Nueva York.

Asentí, con el corazón latiendo a mil, sabiendo que aquella noche iba a ser imposible de olvidar.

Después de caminar entre los puestos cerrados y las atracciones apagadas, con la nieve acumulándose en los bordes y las luces apagadas colgando como recuerdos de otra noche más viva, Damon se detuvo de pronto. Me señaló algo con la barbilla.

Era una plataforma elevada junto a un carrusel antiguo. No el carrusel en sí, sino la zona de mantenimiento que lo rodeaba: una estructura de madera ancha, protegida por una barandilla baja, cubierta por un pequeño techo que había evitado que la nieve se acumulara allí. Parecía un lugar pensado para esperar… o para mirar.

—Ven —dijo—. Aquí.

Me acerqué despacio. Desde abajo ya se intuía que, si subíamos, podríamos ver casi toda la feria… y más allá, la ciudad extendiéndose en luces blancas y amarillas.

—¿Eso es seguro? —pregunté, más por costumbre que por miedo.

Damon pasó la mano por la superficie de madera, comprobándola, serio por un segundo.

—Completamente —respondió—. Nada mojado, nada que se mueva. Solo vistas bonitas y cero heroicidades innecesarias.

Luego me miró y ahí volvió la sonrisa canalla. Esa que siempre significaba confía.

—Además —añadió—, sería una pena no aprovechar que tenemos una feria entera para nosotros solos.

Suspiré, rindiéndome.

—Eres peligroso.

—Lo justo —contestó, tendiéndome la mano—. ¿Subes?

Tomé su mano y sentí ese vuelco inmediato en el estómago. Me ayudó a subir primero, colocando una mano firme en mi espalda y guiándome con cuidado, indicándome dónde apoyar el pie, asegurándose de que no resbalara.

—Despacio —murmuró—… eso es.

La madera estaba seca, fría, pero estable. Cuando estuve arriba, me giré hacia él. Damon subió después, con un movimiento ágil, y se sentó a mí lado, apoyando la espalda contra uno de los postes.

Desde allí, la feria parecía un lugar suspendido en el tiempo. Los caballitos pintados, los farolillos apagados, las sombras alargadas sobre la nieve. Y al fondo, la ciudad, viva, luminosa, respirando.

Estábamos sentados uno junto al otro, las piernas colgando, lo suficientemente cerca como para notar su calor sin tocarnos del todo.

—¿Ves? —dijo en voz baja—. Nada peligroso. Solo bonito.

Asentí, con una sonrisa que no pude evitar.

—Tenías razón —admití—. Se ve… increíble.

Damon ladeó la cabeza hacia mí, satisfecho, como si hubiera ganado algo importante.

—Siempre la tengo —respondió—. Especialmente cuando se trata de convencerte.

Y allí, en silencio, con la ciudad extendida ante nosotros y la feria dormida bajo nuestros pies, sentí que el mundo se había vuelto pequeño. Exactamente del tamaño de ese momento.

—¿Ves? —dijo Damon, señalando la ciudad—. Todo parece distinto desde aquí. Como si el mundo estuviera hecho para nosotros solos.

Asentí, sintiendo una mezcla de emoción y nervios. La cercanía física, el frío, la oscuridad de la feria y la sensación de estar haciendo algo prohibido me envolvían.

—Nunca pensé que saltaría contigo a una feria cerrada —dije entre risas, inclinándome un poco hacia él.

—Y yo nunca pensé que te resistirías tanto —contestó, con ese toque de orgullo y canallería que siempre lograba desarmarme—. Pero aquí estamos. Y, sinceramente, me encanta.

Nos reímos suavemente y, por un momento, todo quedó en silencio. Solo el sonido lejano de la ciudad y nuestra respiración acompañaban la escena. Su mirada me recorría de arriba abajo, cálida y divertida, mientras yo sentía que cada roce, cada gesto, nos acercaba más.

—Damon… —susurré, con el corazón latiendo rápido—. Esto es… increíble.

—Sí, lo es —dijo, acercándose un poco más sin invadirme—. Aunque, siendo honestos, creo que lo que lo hace increíble eres tú.

Hubo un instante en el que nuestras miradas se quedaron fijas, y sentí un cosquilleo en todo el pecho. La noche, la ciudad, la feria silenciosa… todo parecía conspirar para que aquel momento fuera perfecto.

—Te he echado mucho de menos —dijo él, su voz bajita, casi un susurro que me llegó al alma.

Sin pensarlo, respondí igual de sincera:

—Yo también…

La proximidad, la complicidad y la mezcla de diversión y ternura nos mantenían pegados a cada palabra, a cada gesto. Por un instante, todo lo demás desapareció. Solo existíamos él y yo, entre luces apagadas y estructuras antiguas, compartiendo risas,

recuerdos y la sensación de que algo estaba a punto de cambiar para siempre.

Bajamos del carrusel, caminando entre las estructuras apagadas de la feria. Mientras avanzábamos hacia la salida, me detuve un instante. Al fondo, más allá de los edificios y la ciudad, el cielo se iluminó con un estallido de colores. Fuegos artificiales.

Me crucé de brazos, fascinada, y levanté la vista hacia el cielo oscuro, donde los fuegos artificiales estallaban uno tras otro, tiñendo la noche de colores imposibles. La luz se reflejaba en mis ojos como si alguien hubiera encendido algo dentro de mí, y una sonrisa lenta, inevitable, se dibujó en mis labios sin que pudiera evitarlo. Durante unos segundos me olvidé de todo: del frío, del aeropuerto, del tiempo. Solo existía ese instante suspendido.

Entonces sentí un movimiento a mí espalda. Un paso suave. Una presencia conocida. Antes de que pudiera girarme, Damon me rodeó con los brazos, despacio, como si quisiera asegurarse de que aquel gesto era bienvenido. Su pecho se apoyó contra mi espalda y el abrigo me envolvió por completo, cubriéndome del frío y del mundo. No dijo nada. No hizo falta. Su barbilla quedó cerca de mi cabeza y su respiración tranquila marcó un ritmo al que mi cuerpo se adaptó sin esfuerzo.

Me dejé ir contra él, sintiendo cómo su abrazo me recogía entera, cómo su altura me protegía, cómo su calor borraba cualquier rastro de invierno. Sus brazos no apretaban, pero estaban ahí, firmes, seguros, como una promesa silenciosa. Permanecimos así, inmóviles, mirando al cielo en silencio, compartiendo el mismo asombro, el mismo instante.

Mi corazón empezó a latir más rápido, y un rubor traicionero me subió a las mejillas. Estaba nerviosa por el contacto, por la cercanía de su cuerpo al mío, pero al mismo tiempo me sentía completamente cómoda, segura y feliz.

Al ser más alto que yo, Damon me cubría con su cuerpo, y su calor me envolvía de una forma que hacía que el frío de la noche desapareciera. Me apoyé ligeramente contra él, intentando no mostrar demasiado lo que sentía, aunque cada chispa de color en el cielo parecía intensificar todo: la emoción, la alegría, la tensión.

En silencio, juntos, contemplamos el espectáculo. Yo podía sentir su respiración y una sensación de calma y felicidad me invadió. Todo parecía detenerse por un momento: la ciudad, el frío, la feria… solo existíamos él y yo, y los colores que iluminaban la noche.

Cuando los últimos fuegos artificiales se apagaron en el cielo, nos quedamos abrazados, sin decir una palabra. Sentía el calor de Damon, su brazo firme alrededor de mí, y todo el mundo a nuestro alrededor parecía desvanecerse.

Por un instante, apoyó la cabeza suavemente en mi hombro. Mi respiración se aceleró sin que ninguno de los dos dijera nada. Me incliné hacia él, acercando mi cabeza a la suya y cerrando los ojos. El contacto era eléctrico y cálido, y mi corazón latía tan fuerte que temía que él pudiera escucharlo.

Estuvimos así unos segundos que parecieron eternos, solo respirando juntos, sintiendo la calma y la emoción mezcladas en un instante perfecto.

Finalmente giré la cara hacia él, y nuestras miradas se encontraron. La proximidad, la luz apagada de la ciudad y el silencio hacían que todo pareciera un instante robado al tiempo. Estábamos a punto de besarnos, cuando un ruido fuerte rompió la tensión: un golpe seco, como algo cayendo o saltando cerca.

Damon, por instinto, me apretó más contra él, como si pudiera protegerme de cualquier cosa, y me sostuvo firme mientras yo me acurrucaba sin pensar. Mi corazón se encogió por la sorpresa y la cercanía; el susto no hizo más que intensificar la electricidad entre nosotros.

—¿Qué ha sido eso? —susurré, aunque seguía con los ojos cerrados.

Solo unos segundos después, nos dimos cuenta de que había sido un gato saltando de un lado a otro, pero el efecto del momento ya había quedado marcado. Nos separamos como si nos hubieran quemado, y un rubor intenso nos cubrió a los dos.

Damon carraspeó suavemente, aún con la voz baja y ronca por la tensión del instante, y me ayudó a saltar de nuevo por la verja de la feria con cuidado, asegurándose de que no me hiciera daño.

—Todo bien —dijo, con una sonrisa tímida y ladeada, pero sus ojos todavía brillaban con esa chispa de complicidad—. Nada se ha roto. Ni tú ni yo.

Nos miramos unos segundos, cortados, torpes y nerviosos, como si cada palabra fuera demasiado atrevida. Una risa ligera escapó de mi garganta, y él sonrió suavemente, tratando de disimular lo avergonzado que estaba.

La tensión entre nosotros seguía latiendo en el aire. Estábamos a milímetros de cruzar un límite que ambos deseábamos, pero por ahora, solo nos quedaba el calor de la proximidad y la sensación de que aquello, aquello tan sencillo y perfecto, ya nos estaba cambiando por dentro.

7

DE REGRESO AL AEROPUERTO

Salimos de la feria dejando atrás el crujido suave de la grava bajo nuestros pasos y las luces apagadas de los puestos, que parecían despedirse de nosotros en silencio.

—Creo que deberíamos volver al aeropuerto —dijo al cabo de unos segundos, con la voz baja, cuidadosa—. No quiero que pases frío.

Le miré de reojo y asentí. No porque tuviera frío —todavía no—, sino porque en ese no quiero que pases frío había algo más. Algo antiguo. Familiar. Sentí ese calor extraño que no tiene nada que ver con la temperatura y todo con la persona que camina a tu lado.

Avanzamos despacio, casi sincronizados, como si ninguno quisiera ser el primero en romper el hilo invisible que se había tensado entre nosotros desde la feria. Después del casi beso, de las luces, de lo que no ocurrió pero se quedó flotando, todo parecía distinto. Más intenso. Más frágil.

Para no perderme en mis propios pensamientos, hablé.

—Oye… —dije, fingiendo ligereza mientras me subía un poco más la bufanda—. ¿A qué hora sale tu vuelo?

Damon tardó un segundo en responder. Miró al frente, luego al reloj, como si el tiempo acabara de recordarnos que existía.

—A las siete y media —contestó—. Demasiado temprano para una noche como esta.

—El mío sale a las ocho —añadí—. Así que… aún me vas a tener que aguantar unas horas.

Sonrió de lado, inclinando ligeramente la cabeza hacia mí, con esa expresión que siempre parecía decir me gusta esa idea.

—Eso suena infinitamente mejor que estar solo en una sala vacía del aeropuerto —dijo—. Al menos así no nos aburrimos.

—Supongo que tendremos que inventarnos nuestra propia Nochebuena —respondí, con una sonrisa tímida—. Entre terminales, sillas incómodas… y sin pavo ni salsa de arándanos.

—Una tragedia —bromeó—. Pero lo hemos compensado con pizza y chocolate caliente.

—Y algodón de azúcar —añadí, señalándolo con el dedo.

—Cierto —admitió, sonriendo—. Imperdonable olvidarlo.

Seguimos caminando. La ciudad parecía más silenciosa a esas horas, como si también estuviera conteniendo la respiración.

—Y luego… a nuestros destinos —murmuré, sin mirarlo del todo.

—Sí —dijo él—. Pero esta noche aun nos pertenece.

Giré la cabeza hacia él. En sus ojos había algo sereno, casi firme, como si esas palabras no fueran solo bonitas, sino una promesa.

—¿Cuántos días estarás en Boston? —preguntó después, con un tono que intentaba sonar casual… sin conseguirlo del todo.

—Hasta el día veintisiete —respondí—. Navidad y un par de días más con mi madre. Aunque, como ya sabes, a la cena no llego.

Sonreí, y él me devolvió una sonrisa suave, de esas que no hacen ruido.

—Lo sé —dijo—. Pero al menos nos queda esta madrugada.

—Y me alegra… estar contigo ahora —añadí, casi en un susurro.

Damon se inclinó un poco hacia mí. No me tocó, no invadió mi espacio, pero su cercanía fue suficiente para envolverme.

—A mí también —dijo en voz baja—. Esta noche no importa nada más. Ni el frío, ni los vuelos, ni la distancia.

Anduvimos en silencio hacia la terminal. Mi corazón latía rápido, desordenado. Pensé en lo que no había pasado en la feria. En lo fácil que habría sido. En lo complicado que era todo… y, aun así, en lo bien que me sentía.

Era madrugada en Nueva York. Teníamos cinco horas antes de despedirnos.

Y por primera vez en mucho tiempo, deseé que el tiempo se olvidara de avanzar.

8

LA HORA DE LAS CONFIDENCIAS SUAVES

2:30 a. m.

El aeropuerto seguía despierto, pero lo hacía de una forma distinta. A esa hora todo era más lento, más amortiguado. Las voces sonaban bajas, las pantallas brillaban con una calma extraña y el murmullo de maletas rodando parecía un latido lejano.

Damon y yo encontramos por fin un rincón junto a la pared, cerca de las cristaleras. Nos sentamos en el suelo, apoyados contra el muro, con las mochilas a un lado. Él se aseguró de que yo tuviera su bufanda doblada bajo la espalda para no apoyarme directamente en el suelo frío. No hizo ningún comentario al respecto, como si cuidarme fuera un gesto automático.

Recogí las piernas contra el pecho y suspiré.

—No recordaba que los aeropuertos de madrugada fueran tan… raros —murmuré.

Damon soltó una risa baja, suave.

—Raros es una forma bonita de decir "tristes".

Lo miré de reojo.

—No me parecen tristes.

—Porque estás conmigo —dijo, con naturalidad.

El comentario me atravesó por dentro. No por lo que decía exactamente, sino por la forma despreocupada en la que había salido de su boca. Como si fuera una verdad pequeña, cotidiana.

El cansancio empezaba a pesarme en los hombros. Lo notaba en los párpados, en los movimientos lentos, en la manera en que el

cuerpo pedía rendirse un rato. Me acomodé mejor contra la pared y él lo notó al instante.

—¿Estás incómoda? —preguntó.

—No… solo estoy un poco cansada.

Damon dudó un segundo. Luego, con un gesto tranquilo, deslizó su brazo por detrás de mí.

—Apóyate si quieres.

Mi estómago dio un pequeño vuelco. No respondí con palabras. Simplemente me dejé caer despacio contra su costado, con cuidado, como si temiera romper algo invisible entre los dos. Él se tensó un segundo, apenas perceptible, y después se relajó.

Su abrigo estaba caliente. Su cuerpo también. Demasiado reconfortante.

—Gracias —susurré.

—Siempre.

Cerré los ojos un instante. El aeropuerto seguía ahí, vivo, ajeno a nosotros, pero en ese rincón parecía que el mundo se había reducido a su respiración tranquila y al roce constante de su brazo en mi espalda.

—Damon… —dije al cabo de unos segundos.

—Dime, Daniels –respondió en un susurro.

—¿Eres feliz?

No sé por qué pregunté eso. Tal vez porque la madrugada te vuelve valiente. O tal vez porque había demasiadas cosas flotando entre nosotros que todavía no sabía nombrar.

Damon tardó más de lo normal en responder.

—A ratos —dijo finalmente—. Supongo que como todos.

—Eso no es una respuesta muy convincente.

Sonrió con calidez.

—No creo que esté hecho para sentirme tranquilo del todo —admitió—. Siempre tengo la sensación de que debería estar haciendo algo más. Si paro, me siento culpable.

Me incorporé un poco para mirarlo mejor.

—Siempre fuiste así.

—Lo sé.

—Antes te escondías detrás de las bromas.

—Y ahora también.

Reímos suavemente.

—¿Y tú? —preguntó él, bajando la voz—. ¿Eres feliz?

Me quedé pensativa.

—Estoy… en un momento raro —dije—. He conseguido cosas que quería, pero a veces tengo la sensación de que me estoy perdiendo otras. Como si hubiera elegido un camino y ya no pudiera mirar atrás.

Damon me observó con atención, como si cada palabra se le quedara grabada.

—No creo que estés hecha para conformarte —dijo—. Nunca lo estuviste.

Aquello me desarmó un poco.

—Tú tampoco.

Se hizo un silencio denso, cómodo y vulnerable a la vez. Apoyé la cabeza un poco más contra él. Noté cómo su respiración cambiaba levemente, como si también fuera consciente de cada centímetro que nos separaba… o que nos unía.

—Clare —murmuró de pronto—. ¿Alguna vez…?

Se detuvo.

—Alguna vez ¿qué?

Sentí que negaba con la cabeza, como si se arrepintiera de haber empezado.

—Nada. Olvídalo. Tonterías de madrugada.

No insistí. Pero algo en su voz me hizo pensar que aquello no era ninguna tontería.

Mis párpados empezaban a pesar de verdad.

—Voy a ponerme una alarma en el móvil, por si nos dormimos los dos. —dije en voz baja.

—No tienes que preocuparte por eso.

—¿Por qué?

—Porque no pienso dormirme.

Lo miré.

—Damon…

—Alguien tendrá que vigilar las mochilas —sonrió—. Y a ti.

Aquello me encogió algo dentro. Una sensación suave, caliente.

—No soy una niña.

—Nunca he dicho que lo seas.

—Pero me cuidas como si lo fuera.

—Te cuido porque quiero.

No supe qué contestar. Me limité a asentir despacio y a volver a apoyar la cabeza contra su pecho. Su corazón latía firme, tranquilo. Me daba una paz peligrosa.

Pensé en la feria. En los fuegos artificiales. En cómo me había abrazado por detrás. En lo cerca que habíamos estado de besarnos.

Qué bien se siente estar con él…

Y qué miedo.

Porque si cruzábamos esa línea, nada volvería a ser igual. Y una parte de mí no estaba segura de querer regresar a la vida de siempre después de esto.

—No quiero despedirme —pensé, sin decirlo.

Noté su mano subir despacio hasta mi pelo. Dudó un segundo antes de acariciarlo con cuidado, como si pidiera permiso incluso sin palabras. Cerré los ojos.

Me dormí ahí, entre sus brazos y su silencio.

Y por primera vez en mucho tiempo, sin soñar con huir de nada.

9

LO QUE NO SE DICE

Me desperté despacio, como si subiera desde un sueño tibio. Lo primero que sentí fue frío. Un frío insistente que se me había colado por los huecos del abrigo, por las mangas, por la espalda.

Fruncí la nariz, todavía medio dormida.

—Tengo frío… —murmuré.

Y justo entonces fui consciente del resto.

El calor firme a mí espalda.

Un brazo rodeándome con seguridad.

Una respiración lenta muy cerca de mi nuca.

Damon.

Abrí los ojos del todo. La terminal seguía sumida en esa calma extraña de la madrugada, con las luces blancas encendidas a medias y algunas sombras dormidas en las sillas. Me moví apenas un poco, lo justo para girar la cabeza.

Damon estaba despierto.

Me observaba en silencio, con esa expresión serena que parecía leerme por dentro.

—Ya lo hablamos antes —susurró—. Eres oficialmente la persona más friolera de este aeropuerto.

Sonreí, todavía adormilada.

—No es culpa mía.

—No, claro. Es culpa del clima, de la arquitectura del edificio, de las corrientes de aire y del universo entero conspirando contra ti.

—Te burlas, pero bien que te aprovechas de ser una estufa con piernas.

—Alguien tiene que ejercer funciones de manta humana.

Me incorporé un poco, creando una mínima distancia, y el frío regresó de golpe.

—Genial —bufé—. Ahora ya sé que no estaba exagerando.

Damon se acercó de nuevo sin pedir permiso, pasando el brazo por mis hombros con toda naturalidad.

—Ven aquí, pequeña Daniels.

Me giré hacia él de inmediato, indignada.

—No soy pequeña.

—Mmm… sí lo eres.

—Tenemos la misma edad.

—Pero tú te congelas y yo no. Claramente eso me da superioridad térmica.

—Eso no es un argumento válido.

—Para mí sí.

Le miré mal, pero estaba riéndome. Él bajó un poco la cara hacia mí, con esa sonrisa ladeada imposible.

—Además —añadió—, que seas pequeña no tiene nada de malo.

—Explícate.

Me sostuvo la mirada un segundo de más.

—Significa que cabes perfectamente aquí.

Mi cerebro tardó dos segundos más de la cuenta en procesarlo. Me acurrucó sobre su pecho y me rodeo con sus brazos. Cuando lo hizo, el rubor me subió hasta la raíz del pelo.

—Damon… —murmuré, nerviosa.

Sonrió, satisfecho consigo mismo, pero sin crueldad. Con ternura.

—Vale —dije, apartándome apenas—. Ahora ya puedo morirme de vergüenza oficialmente.

Miré una de las pantallas cercanas.

3:48 a. m.

—¿Has dormido algo?—pregunté.

—No.

—Eres imposible.

No me aparté del todo. Y él tampoco retiró el brazo. Hubo unos segundos suspendidos en los que ninguno se movió, como si romper aquella postura fuera romper algo más delicado.

—Gracias por dejarme dormir —dije al final.

—Gracias a ti por confiar en mi mientras dormías —corrigió en voz baja.

Se me encogió algo dentro.

Me separé con cuidado y me acurruqué mejor el abrigo.

—Quedan algo más de tres horas para mi vuelo —dijo.

El estómago se me hundió un poco.

—El mío sale media hora después del tuyo.

—Genial —murmuró—. Odio las despedidas largas.

—Yo las cortas.

El silencio que siguió fue un poco torpe. Un poco denso.

—¿Caminamos un poco? —propuso—. Antes de que te conviertas en un cubito de hielo oficial.

Asentí.

Transitamos despacio por la terminal casi vacía. Nuestras mochilas colgaban de los hombros. A veces nuestros brazos se rozaban al andar, y cada roce era una pequeña descarga que me atravesaba por dentro.

—Nunca te gustó estar quieto mucho tiempo —comenté.

—Contigo siempre he sido peor.

—Eso suena a acusación.

—Es un halago.

Pasamos junto a una cafetería cerrada, con las sillas patas arriba.

—Antes soñaba con irme lejos —dije de pronto—. Con no volver nunca.

—¿Y ahora?

—Ahora me da miedo irme de los sitios donde aún me quedan cosas importantes.

Damon me miró con seriedad.

—Como yo.

Nos detuvimos frente a una cristalera desde la que se veían las pistas. Todo estaba en calma. Aviones quietos. Luces lejanas.

—Clare…

Me giré hacia él.

—Si esta noche no hubiera sido así… —dijo, dudando—. Si solo nos hubiéramos saludado y seguido cada uno su camino…

Se pasó una mano por el pelo.

—Creo que me habría arrepentido toda la vida.

Sentí el golpe seco de esas palabras en el pecho.

—Yo también.

Nos miramos largo rato.

—A veces pienso —susurré— que hay personas que llegan a tu vida cuando aún no sabes lo que quieres… pero cuando creces te das cuenta de que nunca dejaron de importar.

Damon respiró hondo.

—Tú nunca dejaste de importarme.

No fue una gran declaración. Fue una verdad sencilla. Y por eso dolía tanto.

Se me humedecieron los ojos.

—Damon…

—No —me cortó con suavidad—. No tienes que decir nada. No ahora.

Asentí despacio.

Retomamos el paseo. Nuestros hombros volvieron a rozarse. Esta vez ninguno se apartó.

Y por primera vez desde que tenía memoria, no sentí frío.

10

UNAS POCAS HORAS PARA EL NOSOTROS

Las horas avanzaban con una lentitud extraña, como si el aeropuerto también supiera que algo importante estaba a punto de terminar. Eran casi las cuatro y media de la madrugada cuando volvimos a sentarnos en el suelo, apoyados contra una de las columnas de la terminal. Las mochilas hacían de almohadas improvisadas. La gente dormía desperdigada en sillas, en el suelo, envuelta en abrigos y silencios.

Yo me acomodé con las piernas recogidas, abrazándome las rodillas. Damon se sentó a mí lado, estirando las suyas, ocupando más espacio del necesario como siempre. Su hombro rozaba el mío.

Y no me moví.

—¿En qué piensas? —preguntó de pronto, con voz tranquila.

—En que esta noche no existe en el mundo real —respondí—. Es como… un paréntesis.

—O una grieta —dijo—. De esas que lo cambian todo.

Giré la cabeza para mirarlo.

—¿Siempre tienes respuestas tan peligrosas a estas horas?

—Solo cuando estoy contigo —añadió, ladeando una sonrisa—. Solo me quedan unas horas para arruinarte la vida y que te enamores de mí.

Solté una risa nerviosa.

—Eres imposible.

—Pero muy constante.

—Eso sí.

El silencio volvió, pero no uno incómodo. Era un silencio lleno. De cosas que no decíamos. De miradas que se quedaban un segundo de más.

El murmullo lejano del aeropuerto era como una respiración constante. El mundo seguía funcionando alrededor mientras nosotros permanecíamos suspendidos en nuestra burbuja improbable.

Entonces, casi sin darme tiempo a pensar, le cogí la mano.

A propósito.

No para jugar.

Para quedarme.

Sentí cómo se le tensaban ligeramente los dedos al notar el contacto. Miré nuestras manos unidas un segundo. Su piel estaba caliente. Mucho más que la mía.

No la apartó.

—Clare… —murmuró.

No respondí. No sabía qué decir sin romperlo todo.

Nos quedamos así, en silencio, con los dedos entrelazados, como si aquel gesto sencillo fuera el acto más valiente de toda la noche. El mundo parecía haberse reducido a ese banco, a nuestras respiraciones acompasadas, a la certeza tranquila de no tener prisa.

Al cabo de un rato, Damon habló. Su voz sonó suave, casi pensativa, como si sacara la pregunta de algún cajón antiguo.

—Cuando eras pequeña… —dijo, girando apenas la cabeza para mirarme— ¿dónde pensabas que vivirías de mayor?

La pregunta me descolocó lo justo para hacerme sonreír.

—En todas partes —respondí tras pensarlo un segundo—. Me imaginaba con una casa distinta en cada ciudad. París, Nueva York, algún sitio con mar… Creía que crecer significaba no quedarse quieta nunca.

—Suena agotador —comentó, con una sonrisa ladeada.

—Y maravilloso —añadí, encogiéndome de hombros—. Yo siempre he sido muy de soñar a lo grande.

—Lo sigues siendo —dijo él, mirándome de esa forma que hacía que las palabras pesaran más.

Le devolví la mirada.

—¿Y tú? ¿Dónde pensabas que acabarías?

Suspiró despacio, como si la respuesta hubiera cambiado con los años.

—En un estadio —admitió—. Con gradas llenas, focos, mi nombre en una camiseta. Creía que eso era llegar lejos.

—Y ahora… —dejé la frase en el aire, curiosa.

Damon apretó un poco más mi mano.

—Ahora quiero estar donde tenga sentido quedarme.

Sentí esa frase en algún sitio muy profundo.

Nuestras miradas se quedaron enganchadas demasiado tiempo. Algo invisible parecía tensarse entre nosotros, como un hilo que podía romperse con el más mínimo movimiento.

—Clare…

Mi nombre en su boca sonó distinto.

—¿Sí?

Damon dudó por primera vez en toda la noche.

—Si mañana no existiera… si solo fuera esta noche…—Se interrumpió, pasó la lengua por los labios, nervioso. —¿Me besarías?

El mundo entero se quedó en silencio.

Tragué saliva.

—Sí —dije, sin pensarlo—. Te besaría.

No lo hice.

Y eso fue casi peor.

Se acercó solo un poco. Lo suficiente para que nuestras frentes casi se tocaran. Lo suficiente para que pudiera sentir su respiración.

—Entonces —susurró— será mejor que mañana exista.

Mi corazón latía tan fuerte que pensé que iba a delatarme.

Nos separamos despacio. Con cuidado. Como si ambos temiéramos romper algo sagrado.

—Eres peligroso —le dije mientras miraba al frente.

—Lo sé.

—Y canalla.

—Solo un poco.

—Y aun así…

—Y aun así —repitió él.

Me acomodé contra su pecho. Su abrazo fue lento, consciente, como si me estuviera dando tiempo a decidir si quería quedarme ahí. Y yo quise. Vaya si quise.

Nuestros dedos volvieron a buscarse. Esta vez sin torpeza. Esta vez sin excusas. Se entrelazaron con una naturalidad que me desarmó por dentro.

No dormimos.

Nos quedamos despiertos.

Escuchando el murmullo lejano del aeropuerto.

Sintiendo el calor del otro.

Respirando al mismo ritmo.

Mi mejilla apoyada contra su pecho. Su barbilla rozando mi pelo. Su abrazo firme, protector, y al mismo tiempo tembloroso, como si también él tuviera miedo de que aquello desapareciera si se movía demasiado.

No quiero que esta noche termine, pensé.

Y por primera vez, no lo pensé con tristeza.

Lo pensé con esperanza.

11

LA BUFANDA, EL NIÑO Y LO QUE CASI SE DICE

Seguíamos despiertos. Las luces del aeropuerto habían cambiado de tono, más claras ahora, más de madrugada real que de noche suspendida. Estábamos sentados en el suelo, espalda contra una columna, todavía abrazados a medias. No de una forma evidente. No de una forma que llamara la atención. Pero sí suficiente como para que yo sintiera su presencia como algo constante, inevitable.

Me moví un poco, acomodándome.

—¿Te duele algo? —preguntó al instante.

—No —sonreí—. Solo estaba cambiando de postura.

Damon me observó un momento. Luego, sin decir nada, se quitó la bufanda del cuello.

—Toma.

—¿Qué haces?

—Prestarla.

—No la necesito…

No terminé la frase porque ya me la estaba colocando alrededor del cuello con cuidado, despacio, como si ese gesto tuviera un significado más grande que el propio tejido.

Sus dedos rozaron mi mandíbula sin querer.

O queriendo.

Me quedé muy quieta.

—Es suave —murmuré.

—Huele a mí —bromeó en voz baja.

Lo miré.

—Eso no ayuda a que me la quiera quitar.

Sonrió. Esa sonrisa lenta que siempre me desarmaba.

—Entonces misión cumplida.

Un rato después fuimos hasta una máquina de bebidas calientes. Esta vez pedimos solo uno. Lo compartimos sin decirlo en voz alta. Yo sujeté el vaso primero, él después. Nos íbamos turnando sorbos con una naturalidad que me erizaba la piel.

En uno de esos cambios torpes, el vaso se me resbaló un poco. Un hilo de chocolate cayó sobre el suelo… y una gota mínima rozó la manga de mi abrigo.

—¡Oh, no! —exclamé.

Damon reaccionó enseguida, sacando un pañuelo de su bolsillo.

—Quietecita.

Se inclinó frente a mí para limpiar la gota con extremo cuidado, como si yo fuera de cristal.

—Pareces médico de urgencias.

—Tengo vocación oculta.

—O manía por salvar causas perdidas.

—Eso también.

Me miró un segundo más de la cuenta desde tan cerca. Demasiado cerca. El chocolate humeaba olvidado entre nosotros.

Fue entonces cuando lo vi.

Un niño.

Pequeño.

No debía de tener más de cinco años.

Miraba alrededor con los ojos muy abiertos. Demasiado abiertos. Como si llevara un rato buscando algo que no encontraba.

—Damon… —susurré.

Él siguió mi mirada.

—Mierda…

Nos movimos al mismo tiempo.

El niño estaba solo. Parado junto a una de las filas de asientos. Con un gorrito azul demasiado grande y una mochila de dinosaurios colgándole de los hombros.

Me acerqué despacio, agachándome a su altura.

—Hola, pequeño —dije con suavidad—. ¿Estás buscando a tu mamá o a tu papá?

El niño asintió, con los ojos llenos de algo que ya no era solo confusión.

—A los dos…

Damon se colocó a mí lado sin invadirlo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Leo… —respondió en un hilo de voz, con los dedos aferrados a la cremallera de su abrigo.

—Vale, Leo —sonreí despacio, intentando no asustarlo—. Vamos a encontrar a tus padres, ¿de acuerdo?

Le tendí la mano. Dudó apenas un segundo, mirándome con esos ojos enormes llenos de miedo contenido, antes de agarrarse a mí como si fuera un salvavidas. Sentí un pequeño nudo en el pecho.

Damon se colocó al otro lado sin decir nada, atento, vigilante, como si aquel niño también fuera responsabilidad suya desde el primer instante.

Empezamos a caminar por la terminal. El murmullo constante del aeropuerto parecía más alto ahora, más caótico. Todo seguía igual… y, al mismo tiempo, no.

—¿Recuerdas dónde los viste por última vez? —preguntó Damon con voz tranquila, inclinándose un poco hacia Leo para no intimidarlo.

El niño negó con la cabeza.

—Estábamos comprando algo… y luego ya no estaban.

Intercambié una mirada rápida con Damon. En sus ojos había preocupación, pero también determinación. De esa que no necesita palabras.

Preguntamos a una pareja que esperaba junto a la puerta de embarque. Negaron con amabilidad. Leo apretó un poco más mi mano.

—Los vamos a encontrar —le dije en voz baja, inclinándome hacia él—. Te lo prometo.

Sentí a Damon acercarse un poco más, como si quisiera envolvernos a los dos en una burbuja de calma.

—Si no los vemos en un par de minutos —murmuró él—, pedimos que los llamen por megafonía.

Asentí. Ya estaba preparándome para esa posibilidad, para ver a Leo asustarse un poco más al oír su nombre por los altavoces, cuando de pronto lo sentí detenerse en seco.

—¡Mamá!

Levanté la vista justo a tiempo para ver a una mujer corriendo hacia nosotros, con el abrigo abierto y el rostro desencajado. Detrás de ella, un hombre la seguía con la misma expresión de angustia.

—¡Leo! —gritó ella, arrodillándose frente a él y abrazándolo con fuerza—. ¡Dios mío, cariño!

El niño soltó mi mano y se lanzó a sus brazos. Yo retrocedí un paso, dejando espacio, con un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

—Gracias —dijo el padre, mirándonos a Damon y a mí, todavía agitado—. De verdad… nos hemos girado un segundo y…

—No pasa nada —respondió Damon, restándole importancia—. Lo importante es que ya está con vosotros.

La madre me sonrió con los ojos brillantes, todavía abrazando a su hijo.

—Gracias por quedaros con él.

Asentí, sintiendo un calor suave en el pecho. Damon apoyó una mano ligera en mi espalda, un gesto casi imperceptible, pero lleno de calma.

—No ha sido nada —respondí.

—Es muy valiente —dijo Damon, señalando a Leo.

El niño nos miró con absoluta seriedad. Luego me miró a mí. Después a Damon.

—Tu novia es muy guapa —apuntó de pronto—. Y también muy buena.

Sentí cómo el rubor me subía de golpe hasta las orejas.

—No es mi novia —respondió Damon, con una sonrisa tranquila —. Pero no estaría mal, ¿verdad?

Me miró directamente a los ojos cuando lo dijo.

Y el corazón casi se me sale del pecho.

El niño sonrió.

—Pues deberías decírselo–susurró.

La madre tiró suavemente de su mano.

—Venga, Leo, hay que irse.

—Adiós —nos dijo él, agitando la mano.

—Adiós, campeón —respondió Damon, divertido.

Nos quedamos quietos cuando se marcharon. Un silencio lleno de algo nuevo.

—Eso ha sido… —empecé.

— Peligroso —terminó él.

—Mucho.

—Pero bastante certero.

Caminamos de vuelta a nuestro rincón sin hablar durante unos segundos.

—Lo que has hecho con el niño ha sido precioso —dijo al final.

—Tú también estabas ahí.

—Pero tú has sido la calma.

Me miró de lado.

—Siempre lo eres.

Mi garganta se cerró un poco.

Volvimos a sentarnos en el suelo. Esta vez más cerca aún. Nuestras piernas se rozaban. Su brazo volvió a rodearme. Otra vez sin permiso. Otra vez sin que yo quisiera que se apartara.

—Gracias por ayudarme a no perderme esta noche —murmuré.

—Yo la llevaba esperando años —respondió.

Lo miré.

—¿Eso es una confesión?

—Es una verdad.

El aeropuerto seguía vibrando a nuestro alrededor. Y nosotros ahí. Suspendidos.

—Damon…

—Sí.

—No quiero que llegue el momento de irnos.

Él apretó un poco su brazo alrededor de mí.

—Yo tampoco, pequeña Daniels.

—No soy pequeña.

—Pero cabes justo aquí —dijo, apoyando un poco la frente contra la mía.

Nos quedamos así, respirando el mismo aire.

Muy cerca.

Sin besarnos todavía.

Y eso dolía.

Mientras intentábamos recomponernos —yo todavía con el pulso un poco acelerado y Damon fingiendo normalidad con demasiada soltura—, mi teléfono vibró en el bolsillo del abrigo. Lo saqué casi con alivio. En la pantalla apareció Mamá.

—Es mi madre —murmuré, mirándolo, como si necesitara su aprobación para contestar.

Damon me devolvió una sonrisa tranquila, de esas que bajan el ruido del mundo.

—Contesta —dijo—. Seguro que se queda más tranquila.

Respiré hondo antes de llevarme el móvil al oído.

—Hola, mamá.

—Clare, cariño —respondió enseguida—. Solo quería saber qué tal la espera. ¿Todo bien? ¿Estás pasando frío?

Sonreí sin darme cuenta y miré a Damon de reojo.

—Todo bien —dije—. Estoy en el aeropuerto… y ¿sabes a quien me he encontrado? A Damon.

Al otro lado hubo un pequeño silencio. Apenas un segundo. Pero lo noté.

—¿Damon? —repitió ella, sorprendida—. ¿El Damon del instituto?

—El mismo —añadí, riendo un poco—. El mundo es muy pequeño, al parecer.

—Pero qué alegría —dijo entonces, con una calidez inmediata—. ¡Pon el manos libres! Quiero saludarlo.

—Mamá… —protesté, aunque ya estaba activándolo.

Damon se inclinó un poco hacia mí, divertido, como si aquello le hiciera gracia en lugar de ponerlo nervioso.

—Hola, señora Daniels—saludó con voz amable.

—Hola, Damon —respondió ella—. Qué ilusión oírte.

—Igualmente, señora.

—¿Cómo estás, Damon? —preguntó mi madre—. ¿Cómo están tus padres?

Él bajó un poco la voz, sincero.

—Bien, gracias. Mi madre sigue igual de protectora que siempre, y mi padre… bueno, sigue creyendo que todo se arregla con sentido común y paciencia.

—No cambian —comentó ella—. Dales recuerdos de mi parte si los ves.

—Lo haré —respondió él—. Les alegrará saber de usted.

Hubo un pequeño silencio cómodo, de esos que no pesan.

—Bueno —dijo mi madre al final—. Solo quería saber que estabas bien, cariño. Y me quedo más tranquila sabiendo que estás en buena compañía.

—Lo estoy —admití, mirando a Damon—. Mucho.

—Me alegro —expresó ella—. Disfrutad de la noche. Y ¡cuidad el uno del otro!

—Lo haremos —respondió Damon antes que yo.

Colgué despacio. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

—Le caes bien —murmuré.

—Siempre me esforcé por caer bien a las madres importantes —respondió él, guiñándome un ojo.

Negué con la cabeza, sonriendo. Y en medio de un aeropuerto, a horas imposibles, sentí que aquella llamada había sido como un pequeño abrazo a distancia.

Volvimos a acurrucarnos, él abrazándome con cuidado, los dedos entrelazados, y yo sintiéndome increíblemente viva y segura al mismo tiempo. Era un momento simple, sin dramatismos, pero lleno de electricidad. Cada roce, cada suspiro compartido, nos acercaba más, sin que ninguno dijera una palabra.

Miré el reloj: aún quedaban un par de horas antes de que abrieran los embarques para nuestros vuelos. Y, aunque sabíamos que nos separaríamos pronto, ninguna de las dos partes parecía querer moverse. Cada segundo allí era un regalo robado al tiempo, y yo me sentía feliz, nerviosa y extrañamente valiente.

De repente, sentí su respiración más cerca, sus labios apenas rozando mi cabello. En un susurro, tan bajo que casi me pareció un secreto entre nosotros, dijo:

—Clare… ¿quieres… salir conmigo a ver el amanecer?

Mi corazón dio un vuelco. Miré sus ojos, tan cálidos, tan sinceros. Su propuesta no era solo un plan; era un puente hacia algo que ambos estábamos deseando, pero sin atrevernos a decirlo en voz alta.

Asentí con la cabeza, sin poder hablar, y él sonrió suavemente, como si supiera exactamente lo que sentía. Me apretó un poco más entre sus brazos, y por un instante, el mundo entero desapareció. Solo estábamos él y yo, con las manos entrelazadas y la noche neoyorquina envolviéndonos en su silencio cómplice.

—Entonces —susurró, con un toque de picardía que siempre lograba desarmarme—, prometo que será el amanecer más hermoso que hayas visto.

Me apoyé en su pecho, cerrando los ojos por un instante, sintiendo su calor, su cercanía, y la certeza de que aquellas horas, aunque temporales, serían inolvidables.

12

EL AMANECER

Nos levantamos despacio del rincón donde habíamos pasado parte de la madrugada. Cada movimiento parecía calculado, como si alargando cada gesto pudiéramos detener el tiempo un poco más. Damon caminaba a mí lado con esa calma que siempre tenía, pero yo podía notar en su forma de andar, en la ligera tensión de sus hombros, que no quería que aquello terminara.

Mientras nos acercábamos a la salida del aeropuerto, mis dedos buscaron los suyos sin pensarlo. Tomé su mano con suavidad, y él no solo no la retiró, sino que la apretó ligeramente, con esa media sonrisa que me desarmaba. Mis mejillas se calentaron, y por un momento me olvidé del frío de Nueva York.

Caminamos despacio por las calles todavía silenciosas, esquivando coches que parecían fantasmas y farolas que lanzaban haces de luz amarilla sobre el asfalto. Cada paso era un pequeño ritual: ninguno quería romper la magia que se había creado entre nosotros durante la noche.

Damon me condujo a un pequeño parque cercano, un lugar elevado que dominaba la ciudad. Los edificios se recortaban contra el cielo oscuro, y apenas había nadie a esa hora. Sus ojos se detuvieron en mí un instante, luego en el horizonte. No hizo falta hablar. Sus gestos, la forma en que me colocaba la bufanda de nuevo sobre los hombros y me rodeaba ligeramente con su brazo, decían todo lo que sus palabras podrían haber expresado.

Nos sentamos juntos en un banco de madera, el frío calando por debajo de nuestros abrigos, pero él no me dejó notar ni un instante

que importara. Su cercanía me envolvía, me protegía, y mi corazón no podía dejar de acelerarse.

Miré hacia el cielo y vi cómo el horizonte empezaba a clarear. Primero una franja tenue de azul, luego matices de rosa y naranja. El mundo parecía contener la respiración, y yo también lo hacía, intentando retener cada sensación: su olor, su calor, su mirada cálida posada sobre mí.

Damon pasó el brazo con más decisión alrededor de mis hombros, como si quisiera asegurarse de que yo encajaba ahí, justo en ese hueco exacto que parecía hecho para mí. Para la pequeña Daniels. Me dejé ir sin pensarlo, apoyando la cabeza contra su pecho. Su abrigo olía a frío y a algo familiar que no supe nombrar. Escuché su respiración pausada, sentí el latido firme de su corazón bajo mi mejilla, constante, tranquilo… y me sorprendí al descubrir que el mío había aprendido a acompasarse al suyo. A nuestro alrededor, el parque despertaba despacio: el crujido leve de la escarcha bajo algún paso lejano, el murmullo de la ciudad desperezándose, las ramas desnudas dibujando sombras suaves sobre el suelo. No dijimos nada. No hacía falta. En aquel silencio compartido, el amanecer se desplegaba ante nosotros como un secreto íntimo, algo que solo existía porque estábamos allí, juntos.

Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a colarse entre los edificios y a teñir el cielo de tonos rosados y dorados, Damon inclinó la cabeza hacia mí con una lentitud casi reverente, como si temiera romper el momento. Noté su movimiento antes de verlo; la manera en que su cuerpo se tensó apenas, la forma en que su brazo me acercó un poco más. Levanté la vista y nos quedamos a escasos centímetros, respirando el mismo aire frío, compartiendo el mismo pulso. Sus ojos buscaron los míos con una mezcla de ternura y algo más profundo, más antiguo, que me hizo contener la respiración. El mundo se volvió pequeño y silencioso. Solo existían su mirada, el calor de su cuerpo, y esa sensación abrumadora de que, después de tantos años, estábamos exactamente donde debíamos estar.

Me fijé en sus labios sin poder evitarlo, en cómo se separaban apenas al respirar, en ese temblor casi imperceptible que delataba que él sentía lo mismo que yo. Mi corazón empezó a latir con una

fuerza desordenada, como si hubiera olvidado cómo mantener la calma. Cada inhalación compartida se volvía más lenta, más profunda, cargada de algo que no necesitaba nombre. Mis manos se aferraron a su abrigo con un gesto instintivo, buscando anclarse a algo real, a él, a ese calor que me hacía sentir a salvo. Damon entrelazó sus dedos con los míos con firmeza suave, sin apretar, pero sin soltar, como si quisiera decirme sin palabras que estaba ahí, que no iba a irse a ninguna parte.

Nuestros rostros se acercaron despacio, con una lentitud casi cruel, como si ambos quisiéramos alargar ese instante todo lo posible. El aire entre nosotros parecía vibrar, cargado de electricidad, y sentí cómo la piel se me erizaba desde la nuca hasta los brazos. Su aliento rozó mi mejilla, tibio, y un escalofrío me recorrió la espalda de arriba abajo. Nos quedamos suspendidos en ese punto exacto donde todo es posible, mirándonos sin prisa, respirando el mismo amanecer, guardando el momento como si supiéramos que iba a quedarse con nosotros para siempre. Antes de lo inevitable, antes de cruzar esa línea invisible, nos permitimos sentirlo todo. Sin miedo. Sin pasado. Solo nosotros.

Damon inclinó la cabeza un poco más, y yo seguí su movimiento, nuestros labios a milímetros de distancia. La tensión era eléctrica: podía sentir su calor, su olor, la firmeza de su brazo rodeando mis hombros. Cada segundo parecía alargarse infinitamente.

Y entonces, por fin, ocurrió. Nuestros labios se encontraron con una suavidad casi reverente, como si ambos temiéramos romper la magia si nos movíamos demasiado deprisa. Fue solo un roce al principio, un descubrimiento lento, tímido, cargado de promesas. Sentí la calidez de sus labios carnosos sobre los míos y algo en mi pecho se desbordó. Cerré los ojos, incapaz —y sin ganas— de sostener el mundo un segundo más. Todo desapareció: la ciudad despertando, el frío de la madrugada, el tiempo. Solo existían ese beso y la forma en la que me hacía sentir que había llegado exactamente al lugar correcto.

El beso se profundizó con naturalidad, sin urgencia, como si lleváramos años ensayándolo en silencio. Damon se movió apenas, lo justo para acomodar mejor su boca sobre la mía, y yo respondí

instintivamente, dejándome llevar. Sus labios eran cálidos, firmes, increíblemente suaves, y cada segundo parecía cargado de una emoción antigua y nueva a la vez. Apoyó su frente contra la mía entre un beso y otro, respirando despacio, como si necesitara ese pequeño descanso para no perderse del todo. Su brazo me sostuvo con una ternura que me hizo estremecer, y yo sentí el latido de su corazón, constante y cercano, marcando el ritmo de aquel momento irrepetible. Fue un beso que no pedía nada más que quedarse, que ser recordado. Un beso que sabía a hogar, a amanecer y a todas las historias que aún no habíamos escrito.

Cuando nos separamos apenas un instante, seguimos con los ojos cerrados, respirando entrecortadamente, con la sensación de que habíamos cruzado un límite que nos había mantenido en suspenso durante años. Abrí los ojos lentamente, y sus manos aún entrelazadas con las mías, sus labios todavía rozando los míos por última vez antes de que el amanecer llenara el cielo de luz, hicieron que me sintiera completamente viva y segura a la vez.

—Feliz Navidad, pequeña Daniels —susurró Damon, con la voz cargada de emoción y suavidad.

Y yo no pude más que sonreír, dejando que la cercanía de sus labios y su calor me envolvieran, sabiendo que aquel beso, lento y esperado, era solo nuestro secreto bajo la luz de la mañana.

Cuando nos separamos, todavía abrazados, nuestras frentes juntas, pude sentir cómo la ciudad despertaba lentamente. Damon me miró con esa mezcla de ternura y picardía que me dejaba sin palabras, y yo supe que, aunque la noche hubiera terminado y los vuelos nos separaran pronto, nada borraría aquel amanecer ni ese beso que habíamos esperado tanto.

Nos quedamos unos segundos más así, respirando el mismo aire, aferrados a la sensación de que estábamos en nuestro mundo, aunque solo fuera por un instante.

Y mientras el sol seguía trepando despacio por el cielo, tiñendo de dorado los edificios y los árboles desnudos del parque, cerré los ojos y dejé que esa certeza me atravesara por dentro con suavidad: todo había valido la pena. Cada decisión, cada distancia, cada noche solitaria. Damon me rodeaba con el brazo con naturalidad, como si

ese gesto le perteneciera desde siempre, y yo sentía el corazón desbocado, latiendo con una alegría casi dolorosa. No hacía falta decirlo en voz alta; los dos lo sabíamos. Aquella Navidad quedaría grabada en un rincón íntimo de nuestra memoria, como esas historias que se recuerdan con una sonrisa lenta muchos años después.

Volvimos a besarnos sin planearlo, como si el amanecer nos hubiera dado permiso. Esta vez el beso fue distinto: más intenso, más cargado de todo lo que habíamos contenido durante la noche. Yo me incliné hacia él, buscando su calor, y dejé que mi cuerpo se acercara sin reservas. Antes de darme cuenta, me acomodé sobre su regazo, a horcajadas, atraída por la necesidad de estar más cerca, de no dejar espacio para la duda. Damon se quedó inmóvil un segundo, sorprendido, con una media sonrisa que delataba lo mucho que le afectaba aquello… y después sus manos me rodearon con firmeza, segura, protectora. Me sostuvo como si fuera lo más natural del mundo, acercándome aún más a él, y en ese gesto entendí que no había prisa, pero tampoco miedo. Solo dos personas que, después de tanto tiempo, habían decidido quedarse exactamente ahí.

—Vaya… parece que ya no tienes frío —dijo con su tono canalla, una sonrisa ladeada dibujada en el rostro.

Me sonrojé hasta las orejas y le di un pequeño empujón, fingiendo enfado.

—¡Cállate, Damon! —dije entre risas, intentando recuperar la compostura, aunque mi corazón latía con fuerza y el calor de su cuerpo me mantenía mareada.

Él sonrió con complicidad y volvió a besarme, más apasionadamente si cabía, sin prisa, explorando cada instante como si quisiera detener el tiempo. Yo me aferré a él, mis manos en su cuello y sus brazos a mí alrededor, y durante unos segundos el mundo desapareció por completo. No había ciudad, ni aeropuerto, ni frío; solo él y yo, moviéndonos al compás de nuestros latidos, perdidos en la intensidad del momento.

El sol seguía asomando lentamente por el horizonte, pintando de dorado las calles y los edificios, pero no había prisa por moverse.

Cada roce, cada suspiro, cada mirada nos envolvía, hasta que finalmente tuvimos que separarnos un poco, respirando con dificultad y con las mejillas enrojecidas.

—Bueno… creo que ya no tendrás frío por un buen rato —dijo Damon, con un brillo travieso en los ojos.

—¡Eres imposible! —exclamé, medio riendo, medio enfadada de broma, mientras él me acariciaba el rostro suavemente—. Me vas a volver loca.

—Quizá… pero me encanta verte así —susurró, acercándose de nuevo para rozar sus labios con los míos, dejándome sin palabras.

Permanecimos así un rato más, besándonos, abrazados, disfrutando del silencio y del amanecer que nos envolvía. Cada instante era un regalo, y ambos éramos conscientes de que pronto tendríamos que volver a la terminal, pero por un momento, nos permitimos olvidar todo, vivir solo el uno para el otro.

Finalmente, con un último beso lento y profundo, nos separamos ligeramente. Sus ojos buscaban los míos, y yo me encontré incapaz de apartar la mirada.

—Vamos… el aeropuerto nos espera —dijo Damon con un suspiro, aunque todavía con esa media sonrisa que prometía que lo mejor de la noche aún no había terminado.

Asentí, con el corazón desbocado, y juntos nos levantamos, caminando de la mano de regreso al lugar donde nuestros vuelos nos separarían, sabiendo que aquel amanecer, aquel beso y cada momento compartido serían imborrables para siempre.

13

COMO SI SIEMPRE HUBIERA SIDO ASÍ

El aeropuerto seguía lleno. Sin embargo, para mí, todo eso había quedado en segundo plano.

Solo existía Damon.

Caminábamos despacio, sin un rumbo concreto, como si ambos quisiéramos estirar el tiempo un poco más. No hablábamos demasiado. Ya no hacía falta. Él llevaba mi mano entre las suyas, los dedos entrelazados con naturalidad, como si llevara toda la vida haciéndolo. Y yo no pensaba soltarle.

Me miró de reojo, con esa media sonrisa suya que siempre me había desarmado.

—¿Estás bien? —preguntó, suave.

Asentí, apretando un poco más su mano.

—Si, lo estoy.

Y era verdad. Estaba cansada, sí. Nerviosa, también. Pero sobre todo estaba tranquila. Feliz. De esa manera serena que no necesita fuegos artificiales constantes para sentirse intensa.

Nos detuvimos cerca de uno de los ventanales enormes que daban a las pistas. A lo lejos, algunos aviones esperaban inmóviles, como si también estuvieran conteniendo la respiración. Damon se apoyó contra el cristal y, sin decir nada, me atrajo hacia él. Me acomodé entre sus brazos casi por instinto, apoyando la cabeza en su pecho.

Me dio un beso corto en el pelo. Luego otro, en la sien. Después, uno más lento en la mejilla.

—Oye… —murmuré, levantando la cabeza para mirarlo—. Vas a hacer que me acostumbre.

—Ese es un riesgo que estoy dispuesto a correr —respondió, sin perder la sonrisa.

Reí bajito, negando con la cabeza, pero no me aparté. Al contrario, me acerqué un poco más. Su mano descansaba en mi espalda, firme, cálida, como si su lugar natural fuera ese.

Nos quedamos así unos segundos, mirándonos, estudiándonos el rostro como si quisiéramos memorizar cada detalle. Sentí cómo su pulgar dibujaba círculos lentos sobre mi mano, distraído. Íntimo.

—Esto es peligroso —susurré, más para mí que para él.

—Lo sé —contestó, acercándose un poco más—. Pero también es bonito.

Nuestros labios se encontraron sin prisa, como si el beso hubiera estado esperándonos desde hacía años. Fue suave, lento, lleno de reconocimiento. Me estremecí al sentirlo tan cerca, tan real. Cuando nos separamos, apenas unos centímetros, apoyé la frente en la suya.

—No estamos siendo muy responsables —dije, intentando bromear.

—Nunca lo fuimos juntos —respondió—. Y míranos ahora.

Volvió a besarme. Esta vez un poco más largo. Más decidido. Yo cerré los ojos, dejándome llevar, y apoyé las manos en su pecho. Sentí cómo sonreía contra mis labios.

Nos sentamos en el suelo poco después, apoyados contra una columna, sin soltarnos. Damon me rodeó con un brazo, y yo me acomodé a su lado, encajando perfectamente. Mi cabeza descansaba sobre su hombro, y su mejilla rozaba la mía de vez en cuando.

—Es curioso —dije en voz baja—. Siempre pensé que reencontrarnos sería raro. Incómodo.

—Y yo—admitió—. Creí que estaríamos hablando del tiempo y fingiendo que no había pasado el tiempo.

—Y míranos.

—Sí… —susurró—. Míranos.

Me dio otro beso, esta vez en los labios, breve pero cargado de algo que me hizo cerrar los ojos con fuerza. Cada gesto suyo parecía

decirme sin palabras que no quería que esto se acabara.

Yo tampoco.

Me di cuenta de que sonreía sin darme cuenta. De esa sonrisa tonta, inevitable, que aparece cuando el corazón va un paso por delante de la cabeza.

—¿Te duele la cara? —preguntó, divertido.

—¿Por qué?

—Porque no dejas de sonreír.

—No es culpa mía —respondí—. Es el contexto.

Él rio bajo.

—Me gusta este contexto.

Nos quedamos en silencio un rato, simplemente estando. De vez en cuando me daba un beso corto, casi distraído, como si no pudiera evitarlo. Yo aceptaba cada uno con la misma ilusión y un nudo suave en el estómago, recordándome que dentro de unas horas tendríamos que separarnos.

Y ese pensamiento dolía.

Nos sentamos en el suelo poco después. De vez en cuando me daba besos cortos, distraídos, en la mejilla, en el pelo, en los labios.

—Clare… —murmuró de pronto, más serio—. No quiero que esto se quede aquí.

Lo miré, el corazón acelerado.

—Yo tampoco.

No hizo falta decir más. Me besó de nuevo, con un poco más de urgencia, pero sin perder la ternura. Respondí al instante, acercándome más, como si el mundo fuera demasiado grande y él mi único punto fijo.

Cuando nos separamos, ambos respirábamos un poco más rápido.

—Tenemos que parar un poco —dijo, apoyando la frente en la mía —. O no voy a ser capaz de soltarte luego.

—No me gusta nada cómo ha sonado eso —confesé.

—A mí tampoco —respondió, besándome la nariz—. Pero prometo que no pienso desaparecer otra vez.

Apoyé la cabeza en su hombro, cerrando los ojos. Me sentía segura. Cuidada. Y, por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de lo que podía venir después.

Solo quería quedarme un poco más allí.

Con él.

Seguíamos sentados en el suelo, apoyados el uno contra el otro, cuando el silencio volvió a hacerse cómodo. Ya no era un silencio incómodo ni expectante. Era uno de esos que no pesan.

—Tu vuelves en un par de dias —dijo Damon de pronto, sin mirarme, como si estuviera colocando bien la idea en su cabeza.

Levanté un poco la mirada.

—Si —respondí—. Navidad, familia… lo justo. Luego regreso.

Asintió despacio, apretando un poco más su brazo alrededor de mí.

—Yo no vuelvo tan pronto.

—¿Cuando tienes previsto hacerlo?

—Me voy a Sídney, Clare —continuó—. Seis meses. Un proyecto grande. De esos que no se dicen que no.

Mi estómago se encogió un poco.

—Es… lejos —dije, innecesariamente.

Él sonrió con suavidad.

—Mucho. Demasiado.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Yo jugueteaba con sus dedos, dibujando líneas invisibles sobre su mano, pensando en lo extraño que era todo: reencontrarnos así, sentir tanto… y saber que el tiempo volvía a ponerse en medio.

—Oye, escúchame —dijo entonces, girándose un poco para mirarme—. Después de diez años separados… ¿qué son seis meses?

Lo expresó sin dramatismo. Sin grandilocuencia. Como una verdad sencilla.

Sentí algo aflojarse dentro de mí.

—Suena casi ridículo, dicho así —admití.

—Lo es —respondió—. Sería ridículo pensar que esto podría asustarnos ahora.

Sus ojos estaban tranquilos. Seguros. No prometían imposibles, pero sí algo firme.

—No quiero que esto se quede en una noche —añadió—. Ni en una casualidad bonita.

—Yo tampoco lo quiero.

Mi respuesta fue inmediata. Demasiado sincera como para esconderla.

Sonrió. Y luego me besó. No con prisa. No con urgencia. Con esa calma que nace cuando dos personas saben que están en el mismo sitio emocional.

—Entonces no lo hará —susurró contra mis labios—. Encontraremos la manera.

Apoyé la frente en su pecho, cerrando los ojos.

—Después de diez años —murmuré—, creo que podemos con seis meses.

Su risa fue baja, vibrando contra mí.

—Eso pensaba.

Me rodeó con ambos brazos, como si quisiera guardarme ahí, justo donde estaba. Y yo me dejé. Sin resistencias. Sin miedo.

Porque, por primera vez, la distancia no parecía una amenaza.

Parecía solo… tiempo.

14

LO QUE NO SE DICE PARA NO ROMPERSE

El aviso por megafonía sonó demasiado pronto.

O tal vez no.

Tal vez el tiempo siempre pasa más rápido cuando una quiere quedarse.

—Atención, pasajeros con destino a…

La voz metálica se mezcló con el murmullo del aeropuerto. Damon levantó ligeramente la cabeza, como si hubiera estado esperando ese momento y, al mismo tiempo, temiéndolo.

—Es el mio —dijo en voz baja.

Asentí sin mirarlo. Sentí cómo algo se apretaba en mi pecho, una presión suave pero constante. No quería que aquel instante existiera. No todavía.

Nos levantamos despacio. Él cogió su mochila. Yo ajusté mi abrigo sin necesidad real. Todo gesto era una excusa para retrasar lo inevitable.

Caminamos juntos hacia la zona de embarque. Su mano seguía aferrada a la mía, firme, como si soltarme no fuera una opción viable. No hablábamos. Cada paso parecía cargado de cosas que no queríamos decir en voz alta.

Cuando llegamos a la cola, nos detuvimos.

El mundo seguía girando alrededor: gente despidiéndose, niños medio dormidos, abrazos rápidos, besos apresurados. Y, sin embargo, todo parecía ir más lento para nosotros.

Damon me miró. De verdad.

—Esto no es un adiós, ¿verdad? —dijo al fin.

—No lo es —respondí, aunque la voz me tembló—. Es solo… un hasta luego complicado.

Sonrió apenas. Esa sonrisa que ya se había quedado grabada en mí.

—Vas a volver en un par de días —añadió—. Y yo estaré al otro lado del mundo… pero voy a escribirte. Mucho.

—Yo también lo haré.

Me acerqué a él y me rodeó con los brazos. Apoyé la cara en su pecho, cerrando los ojos, memorizando su olor, su calor, la forma en que su corazón latía bajo mi mejilla.

—No sabes cuánto te he echado de menos —susurró.

Tragué saliva.

—Yo tampoco sabía cuánto hasta hoy.

Se separó lo justo para mirarme. Sus manos en mis mejillas, firmes, cuidadosas.

—Clare…

No terminó la frase. No hizo falta.

Me besó.

Fue un beso lento, profundo, lleno de promesas que no necesitaban palabras. Sentí cómo todo el aeropuerto desaparecía, cómo el tiempo se detenía justo ahí, en ese punto exacto donde sus labios se movían contra los míos como si no quisieran aprender a separarse nunca.

Cuando nos alejamos, apenas unos centímetros, seguíamos respirando el mismo aire.

—Espérame —dijo, apoyando la frente en la mía.

—Siempre.

Sonrió. Y entonces me dio otro beso. Más corto. Más suave. Como un secreto.

La fila avanzó.

Damon retrocedió un paso. Luego otro. Sin soltarme del todo.

—Feliz Navidad, Clare —susurró.

—Feliz Navidad, Damon.

Me soltó.

Y ese gesto fue lo más difícil de toda la noche.

Lo vi mientras se alejaba al tiempo que él levantaba la mano con un guiño que me rompió un poco el corazón…

Se giró para embarcar, respirando hondo.

Con el pecho apretado.

Con el alma llena.

Porque algunas despedidas no cierran historias.

Solo las hacen esperar.

EPÍLOGO

Seis meses después

Durante seis meses aprendí a medir el tiempo de otra forma.

No en días ni en semanas, sino en mensajes de buenos días enviados desde otro huso horario.

En llamadas que empezaban con risas y terminaban con silencios cómodos.

En fotos de amaneceres que Damon me mandaba sin explicación, acompañadas de un "algún día los veremos juntos".

En contar hacia atrás sin darme cuenta.

Seis meses pueden parecer mucho.

Pero después de diez años sin él, eran apenas un parpadeo.

Volví a mí vida, a mis rutinas, a mis lugares de siempre… aunque nada volvió a ser exactamente igual. Damon estaba en todo. En las canciones que me enviaba sin avisar. En audios de madrugada con la voz cansada y sincera. En la forma en que decía mi nombre, como si siempre hubiera sido suyo.

Y ahora estaba allí.

Otra vez.

En el mismo aeropuerto donde, seis meses atrás, el destino había decidido devolvérnoslo todo de golpe. El mismo suelo pulido, las mismas cristaleras inmensas, el mismo murmullo constante de maletas rodando y despedidas a medio decir. Pero yo ya no era la misma. Tampoco lo era la espera.

Caminaba despacio por la terminal, con las manos entrelazadas frente a mí para ocultar el temblor, repasando con la mirada cada rostro que cruzaba la puerta de llegadas. Cada sombra me aceleraba el pulso. Cada figura alta me hacía contener la respiración. El corazón me latía demasiado rápido, desordenado, como si supiera —

mucho antes que mi cabeza— que estaba a punto de volver a encajar en su sitio.

Habían sido seis meses de llamadas nocturnas, de mensajes que desafiaban las horas, de promesas susurradas a pantallas frías. Seis meses de aprender a echarse de menos sin romperse. Y, aun así, nada me había preparado para ese instante.

Entonces lo vi.

Más delgado. Un poco más alto, si eso era posible. Con el abrigo abierto y el pelo ligeramente despeinado por el viaje. Con la misma sonrisa ladeada que había aprendido de memoria durante seis meses a través de una pantalla, esa que siempre aparecía justo antes de decir algo bonito o peligrosamente sincero.

Nuestros ojos se encontraron.

Y el mundo volvió a detenerse.

Todo el ruido de la terminal —los anuncios por megafonía, las ruedas de las maletas, las conversaciones ajenas— se convirtió en un murmullo lejano, casi inexistente. Solo estaba él. Solo estábamos nosotros. Vi cómo su expresión cambiaba en una fracción de segundo: la sorpresa, la alegría, ese brillo inconfundible que siempre le aparecía cuando me veía. Sus labios se curvaron despacio, como si también él necesitara asegurarse de que no estaba soñando.

No pensé. No dudé. Eché a correr.

Sentí el suelo vibrar bajo mis pasos, el abrigo abrirse con el impulso, el corazón golpeándome el pecho con una fuerza casi dolorosa. Damon dejó caer la mochila justo a tiempo para abrir los brazos, y me lancé contra él sin frenar, sin miedo, sin medir la intensidad de nada. Me atrapó en el aire con la facilidad de quien sabe exactamente dónde colocar las manos, y me levantó del suelo en un gesto instintivo, firme, protector.

Su risa me envolvió al mismo tiempo que sus brazos.

Esa risa baja, profunda, que había escuchado tantas noches a través del teléfono y que ahora vibraba contra mi cuerpo. Yo rodeé su cuello con los brazos y enterré la cara en su cuello, respirando hondo, con los ojos cerrados, confirmando que era real. Que no era una videollamada. Que no era un recuerdo. Que olía a él, a viaje, a frío y a hogar al mismo tiempo.

Noté cómo me apretaba un poco más, cómo apoyaba la barbilla sobre mi cabeza durante un segundo largo, como si tampoco quisiera soltarme todavía. Como si esos seis meses se estuvieran cerrando de golpe en ese abrazo.

—Estás aquí —murmuró, con la voz ronca, casi incrédula.

—Te dije que vendría a buscarte —respondí sin levantar la cabeza, sonriendo contra su piel.

Me bajó despacio, con cuidado, pero no me soltó. Sus manos se quedaron en mi cintura, anclándome allí, mirándome como si estuviera reconstruyéndome pieza a pieza. Yo alcé la vista y nuestras frentes se rozaron, la respiración aún acelerada, los ojos brillantes.

—Hola, pequeña Daniels —susurró.

El sonido de mi nombre en su voz me atravesó el pecho como una caricia antigua, reconocible, inevitable. El corazón me dio un vuelco, uno de esos que no avisan y que lo ponen todo patas arriba. Siempre me había gustado cómo lo decía. No porque me hiciera sentir pequeña, ni frágil, ni menos. Al contrario. Porque en su tono había algo que nunca había sabido explicar del todo: hogar, cuidado, certeza. Como si al nombrarme así me estuviera recordando que, pasara lo que pasara, había un lugar donde yo encajaba sin esfuerzo.

—No soy pequeña —murmuré, con una sonrisa que no pude contener, apoyando la mejilla contra su cuello, respirándolo.

—Ya lo sé —respondió, bajándome despacio sin soltarme en ningún momento—. Pero cabes justo aquí.

Me estrechó un poco más entre sus brazos, con ese gesto suyo tan natural, tan seguro, como si llevara toda la vida haciéndolo. Y entonces lo entendí. Entendí por qué esas palabras siempre me desarmaban. Porque con él, caber no era encogerse ni hacerse pequeña para no molestar. Caber era pertenecer. Era ser exactamente quién era, con mis miedos, mis manías, mis silencios y mis ganas, y aun así tener un sitio. Un sitio cálido. Un sitio firme. Un sitio al que volver.

Me quedé allí unos segundos más, sin decir nada, escuchando su respiración acompasarse con la mía, sintiendo cómo su mano

dibujaba círculos lentos en mi espalda, como si también él necesitara comprobar que esto no era un recuerdo ni una ilusión tardía.

—Hola —dije al fin, separándome lo justo para mirarlo.

Tenía los ojos brillantes, la sonrisa tranquila, esa expresión que siempre aparecía cuando estaba siendo completamente sincero. Me sostuvo la mirada sin prisa, como si no existiera nada más alrededor.

—Hola —respondió.

Y no hizo falta nada más. Ninguna promesa grandilocuente. Ninguna explicación. Ese "hola" lo contenía todo: los seis meses de distancia, las noches de llamadas interminables, las despedidas que dolieron, las ganas contenidas, la espera. Todo estaba ahí, suspendido entre nosotros.

Me besó.

Sin prisa. Sin urgencia. Sin miedo.

Un beso profundo y sereno, de esos que no necesitan demostrarse nada porque ya lo saben todo. Sus labios se movieron sobre los míos con una calma nueva, distinta, como si el tiempo por fin nos hubiera alcanzado. Yo llevé una mano a su nuca, notando el latido firme bajo mis dedos, y me dejé llevar, sabiendo que esta vez no había relojes apremiando ni puertas de embarque esperándonos al final.

Cuando nos separamos, muy despacio, apoyó la frente en la mía. Nuestros alientos se mezclaron, cálidos, tranquilos.

—¿Sabes? —murmuró—. Este aeropuerto me cae mejor contigo aquí.

Reí, con los ojos brillantes y el pecho lleno de algo que se parecía demasiado a la felicidad.

—A mí también.

Salimos juntos, de la mano, como si siempre hubiera sido así. Como si el mundo nos hubiera estado esperando para colocarnos por fin en el lugar correcto. Las puertas automáticas se abrieron frente a nosotros y entró la luz del día, limpia, nueva, prometedora.

A veces, el amor no llega cuando lo planeas.
No aparece cuando todo está ordenado.
No entiende de calendarios ni de momentos perfectos.

A veces llega después.

Cuando ya has vivido.

Cuando ya has perdido.

Cuando ya sabes quién eres y qué mereces.

Y esta vez, mientras mis dedos se entrelazaban con los suyos y cabía, sin esfuerzo, entre sus brazos, supe algo con una claridad absoluta y tranquila:

Que no se iba a ir a ninguna parte.

Y que yo tampoco quería hacerlo.

AGRADECIMIENTOS

Pensé que no llegaría a publicar esta historia en estas fechas, porque me puse a escribirla tarde y no siempre estuve inspirada para continuarla.

Es una historia corta que ha nacido a ratitos.

A ratitos de desconexión.

A ratitos de querer.

Sin embargo, hubo un momento en que las musas (y los musos) se instalaron en mi casa y ya no pude parar de darle forma, hasta que nació lo que acabáis de leer.

Clare y Damon. Damon y Clare.

Lo primero de todo, quiero agradecer a mis hijos, Álvaro y Leire, lo orgullosa que me hacen de ser su madre. Ellos son lo primero en mi vida y, como decía la yaya: todo pasa.

Gracias por vuestras risas, conversaciones, bromas, palabras "adolescentes" que no entiendo, canciones con letras con las que os gusta picarme, abrazos, besos, gestos cariñosos (y otros no tanto, jajaja) y gracias por nuestros abrazos a tres.

Gracias por animarme a escribir, porque sabéis el efecto que hacerlo provoca en mí.

Gracias a mi familia y a mis amigas, a mi aquelarre, a todas las personas que estáis en mi vida y a las que estáis llegando para quedaros.

Gracias, Marien, por la portada tan preciosa que has creado. Eres maravillosa.

Gracias a todas las personas que me apoyáis leyendo mis historias, a mis amigas escritoras y lectoras, que sois tantas que prefiero no nombrar para no dejarme a ninguna fuera. Vosotras sabéis quiénes sois (y vosotros también).

Gracias a la comunidad bookstagrammer por dar visibilidad a nuestras historias. Sois una parte fundamental en este proceso.

Y gracias a mí, ¿por qué no?